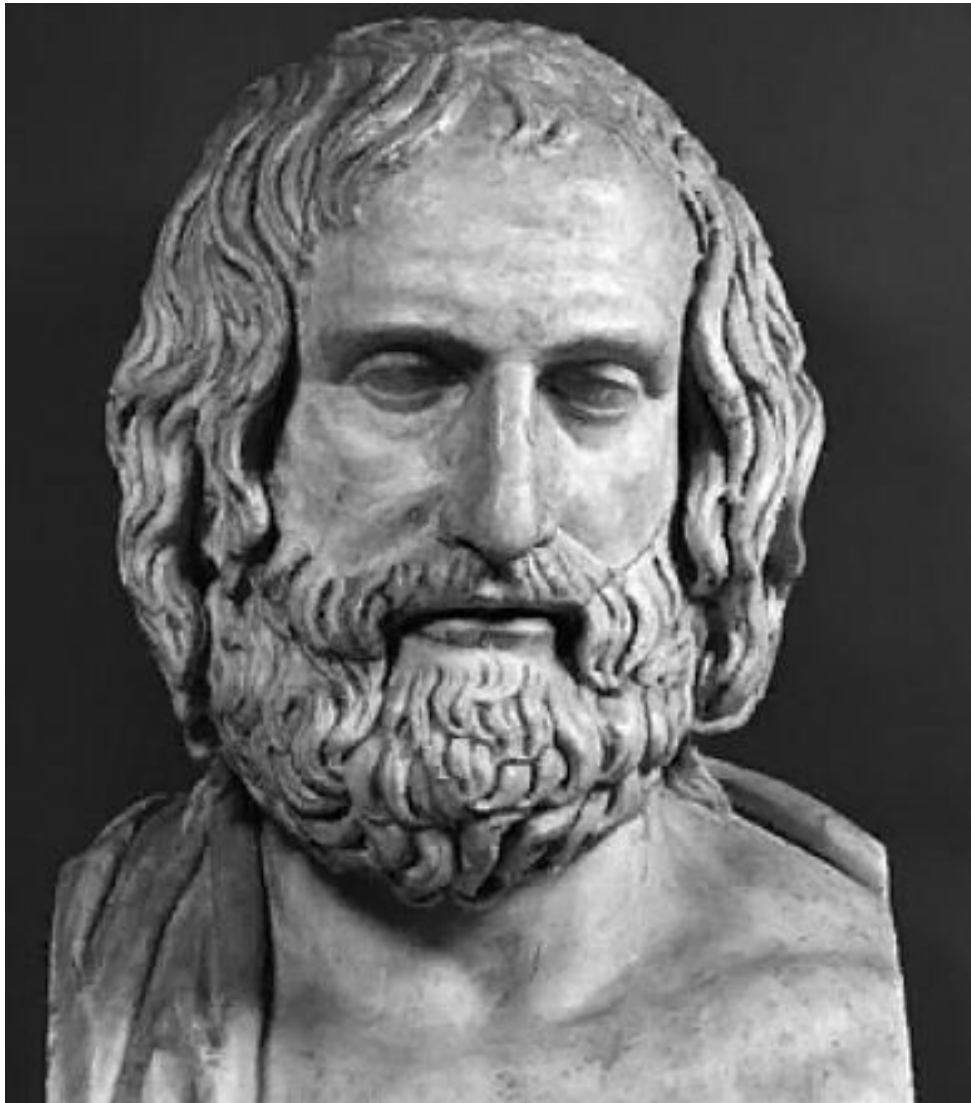


Hipólito



Eurípides

<http://www.librodot.com>

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ALBERTO MEDINA GONZÁLEZ
Y
JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS
© EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000

A. Medina González ha traducido Alceste. Medea e Hipólito,
y J. A. López Férez, Los Heraclidas, Andrómaca y Hécuba.
Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas
por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, así como su distribución

<http://www.librodot.com>

INTRODUCCIÓN

Según nos informa el argumento, la tragedia Hipólito se representó durante el arcontado de Epaminón, el año cuarto de la Olimpiada ochenta y siete, es decir, el 428 a. C. Pentes acababa de morir, víctima de la peste, unos meses antes. La obra mereció los honores del primer premio, miel de la que el poeta gustó en muy escasas ocasiones, al parecer sólo en cuatro.

La leyenda de Hipólito. — Con la leyenda relativa a Hipólito y Fedra nos hallamos ante un caso bastante extraño, debido a la circunstancia de que apenas tenemos a nuestra disposición testimonios del tema en la literatura griega anterior al siglo V. En la Odisea (XI, 321-326) se hace una alusión episódica a Fedra, en el Catálogo de mujeres ilustres que Odiseo describe en su bajada a los infiernos. La mayoría de los críticos concuerdan, sin embargo, en considerar estos versos como una interpolación tardía, probablemente del siglo VI. En Los Cantos de Naupacto, atribuidos al poeta Carcino, se narraba que el héroe Hipólito había sido resucitado por Asclepio, pero lo más verosímil es que se trate de una referencia episódica encuadrada en la leyenda de Asclepio, que poseía un santuario en la Ciudad de Naupacto. Los fragmentos que conservamos de los poetas líricos la ignoran por completo y ~“ representación por medio de las artes plásticas también muy exigua, al menos hasta el siglo V.

A pesar de la escasez de los testimonios, poseemos un dato innegable y es que la leyenda tuvo su origen en la ciudad de Trozen o Trecén, sin que existiese relación alguna, en sus comienzos, ni con Atenas ni con Teseo. Toda Trozén estaba repleta de recuerdos de Hipólito y de los cultos que se instauraron en su honor. En templos y recintos sagrados el héroe recibía honores regulares y sacrificios anuales. El mismo drama nos indica que las doncellas de Trozén debían de consagrarle, antes de contraer matrimonio, un bucle de sus cabellos (1425-6). Pero la ciudad conservaba el recuerdo de Hipólito indisolublemente ligado a la figura de Fedra y su encuentro con el héroe, funesto para ella. Su tumba estaba muy cercana a la de Hipólito. En lo que se refiere a cómo el héroe terminó su vida, existían dos tradiciones divergentes: una popular, que refería todas las peripecias de su muerte terrible con el carro y su posterior enterramiento; y otra culta, que se conservaba en el santuario en el que Hipólito era estimado un dios y no un mortal, que ignoraba por completo la existencia de su tumba en Trozén y no admitía su muerte ignominiosa derribado bajo las ruedas del carro.

Apuntemos, por último, que el mito del cazador joven y casto era muy conocido en las literaturas orientales. No hay más que pensar en la leyenda de Putifar.

El problema de los dos «Hipólitos». — La tradición es unánime en admitir la existencia de la representación teatral de dos Hipólitos. El primero

de ellos se conoce con el subtítulo de «velado». De la primera composición sólo se conservan unos cincuenta versos, pero de ellos y de una serie de fuentes indirectas podemos estar seguros del desagradable impacto que pudo causar la primera versión entre el público ateniense, hasta el extremo de que Aristófanes llegó a aplicar a Fedra (Ranas 1043) el calificativo de prostituta. Parece fuera de duda que, en la representación originaria, Fedra no era capaz de mantener en silencio su pasión y la declaraba abiertamente a Hipólito. Impulsada por su amoroso desenfreno, Fedra recurría a Hécate, divinidad de la hechicería, y a toda suerte de filtros amorosos para conseguir que el arisco joven la correspondiera. En sus diálogos con el Coro, con Teseo y con Hipólito, la audacia y la desvergüenza de la atormentada Fedra debían de ser increíbles. En la escena de la declaración amorosa, Hipólito, avergonzado, se cubría el rostro con un velo y de ahí el subtítulo con que la primera versión era conocida. Probablemente la reina acusaba en presencia de Teseo al muchacho, que parecía víctima de la maldición lanzada contra él por su padre. Si bien no tenemos muchos elementos para restituir con detalle el primer Hipólito, lo que sí es indudable es que el público ateniense saldría escandalizado de una versión tan atrevida, al ver, sobre todo, semejantes argumentos en labios de una mujer, expresados sin el menor pudor.

Después de la desafortunada puesta en escena del primer Hipólito, Sófocles presentó al público una tragedia titulada Fedra, en la que, con toda verosimilitud, se caracterizaba a Fedra de un modo más comedido. De los veinticinco versos conservados puede intuirse que el nuevo tratamiento del tema ofrecía una imagen de la heroína que justificaba su pasión como consecuencia del poder irresistible de Eros, considerado como una fuerza cósmica a la que ningún ser puede sustraerse.

A pesar del tremendo fracaso sufrido y aprovechando la experiencia que debió procurarle el equilibrado drama de Sófocles, Eurípides presentó ante el público ateniense, probablemente con ansias de desquite, una segunda versión de Hipólito, en la cual la reina, aunque sufría el asalto de la misma pasión incestuosa, luchando consigo misma hasta el heroísmo, se quitaba la vida para no perder su castidad siendo infiel a su esposo.

Valoración general de la obra. — Como ya apuntamos a propósito de Medea, con su segundo Hipólito alcanzó Eurípides la cumbre de su creación artística, desvelándonos, con rasgos seguros, la terrible pasión de una mujer enamorada y la firmeza casi enfermiza de un muchacho perfecto. El éxito rotundo que obtuvo este drama entre los atenienses se debió, con toda probabilidad, a la circunstancia de que Eurípides compuso una obra que, representando quizá la quintaesencia de su teatro, encajaba a la perfección en los esquemas mentales y estéticos del espectador griego de la época. Aquí no hallamos, como en Alceste y otras tragedias, la menor concesión al melodrama, y Fedra e Hipólito son los dos seres humanos de comportamiento más heroico probablemente del teatro de Eurípides. El problema fundamental que se debate en esta tragedia es el conocido y tradicional de la *hybris* o insolencia del hombre ante el poder omnipotente de la divinidad. Fedra e Hipólito, cada uno en un aspecto diferente, carecen de moderación y deshonran, por si fuera poco, a una divinidad, a Afrodita y a Artemis. Por ello han de sufrir y pagar sus respectivas culpas. El esquema de la obra encaja en los moldes de la tragedia griega más ortodoxa, si, como se ha venido pensando

tradicionalmente, y no sin razón, Esquilo y Sófocles representan el drama griego en toda su pureza. Ahora bien, el modo de tratar el conflicto y otros muchos aspectos son genuinamente eurípedeos. Típica de Eusípides es la profundización en los caracteres de los protagonistas, con sus gestos nobles y heroicos mezclados con ciertos ribetes de la mezquindad que al ser humano es congénita. No perdamos de vista que ya no estamos en presencia de héroes firmes como el granito, sino de hombres y mujeres, firmes como rocas, en algunas ocasiones, hábiles como la arenisca, en otras. También es estrictamente eurípidea la crítica acerba del ideal heroico tradicional y el papel decisivo jugado por personajes sencillos, tomados de la vida real, como sucede con la figura de la nodriza, tímido precedente de Celestina bienintencionada, fiel a su señora, aunque se equivoque, y deseosa de calmar la enfermedad de amor que le aqueja.

Unas palabras sólo, a modo de conclusión, sobre la función que cumplen las dos diosas, Afrodita y Artemis, en esta tragedia. Es claro que Eurípides, siendo un hombre ilustrado e imbuido del espíritu sofisticado, no creía en absoluto en ninguna de las divinidades tradicionales. ¿A qué entonces, podríamos preguntarnos, insertarías en un drama en el que las pasiones humanas lo llenan todo? ¿Intentó el poeta ganarse el aplauso del público concediendo una importancia ficticia a ambas diosas? ¿Pretendió, por el contrario, llevar a cabo una crítica despiadada de la arbitrariedad divina, que mueve a los hombres como a marionetas? Los interrogantes son arduos de contestar. Probablemente, como piensa Lesky¹: «Afrodita y Artemis son símbolos tomados de la creencia popular que llevan rápida y directamente a la comprensión de las fuerzas básicas que mueven el drama. El público ático las comprendió y el creyente acaso las tomara por reales. Posiblemente contribuyeron al triunfo de la obra conservada, y puede suponerse que no estaban contenidas en la primera versión».

ARGUMENTO

Teseo era hijo de Etra y de Posidón y rey de Atenas. Se casó con una de las Amazonas, Hipólita, y de ella engendró a Hipólito, que sobresalía por su belleza y por su virtud. Cuando su compañera abandonó la vida, se volvió a casar con una mujer cretense, con Fedra, hija de Minos, rey de Creta, y de Pasifae. Teseo, después de haber asesinado a Palante, uno de sus parientes, fue en exilio a Trozén con su esposa, en donde Hipólito era educado junto a Piteo. Cuando Fedra contempló al muchacho, cayó presa del deseo, no porque fuese intemperante, sino por cumplir el plan de Afrodita, que, habiendo decidido destruir a Hipólito por su virtud, impulsó a Fedra a enamorarse de él y alcanzó así lo que se proponía. A pesar de que Fedra ocultaba su mal, con el tiempo se vio obligada a revelárselo a la nodriza, la cual había prometido ayudarla; ella, contra la voluntad de Fedra, se lo hizo saber al muchacho. Habiéndose enterado Fedra de que él se había enfurecido, se lo echó en cara a la nodriza y se colgó. Apareciendo Teseo en ese preciso momento y apresurándose a liberar a su esposa colgada, encontró unida a ella una tablilla, que acusaba a Hipólito de su muerte por haberla seducido. Dando crédito a lo que estaba escrito, ordenó a Hipólito marchar al exilio y él mismo

¹ Cf. Lesky, op. cit., pág. 401.

dirigió a Posidón maldiciones que, oyéndolas el dios, causaron la muerte a Hipólito. Artemis, revelando a Teseo cada uno de los hechos que hablan acontecido, no lanzó reproches sobre Fedra, sino que consoló a Teseo, que se había visto privado de su hijo y de su esposa, y anunció que en el propio país serían establecidas honras a Hipólito.

La escena del drama es en Atenas. La representación tuvo lugar bajo el arcontado de Epaminón, el año cuarto de la Olimpiada ochenta y siete. Eurípides obtuvo el primer puesto, lofón el segundo e lón el tercero. Se trata del segundo Hipólito, llamado también Hipólito coronado. Es evidente que fue escrito después, pues lo que había de inconveniente y merecedor de censura ha sido corregido en este drama. La tragedia está entre las más importantes.

PERSONAJES

AFRODITA

HIPÓLITO

CORO DE CAZADORES

SIRVIENTE

CORO DE MUJERES DE TROZÉN

NODRIZA

FEDRA

TESEO

MENSAJERO

ARTEMIS

AFRODITA². — Soy una diosa poderosa y no exenta de fama, tanto entre los mortales como en el cielo, y mi nombre es Cipris. De cuantos habitan entre el Ponto y los confines del Atlas³ y ven la luz del sol tengo en consideración a los que reverencian mi poder y derribo a cuantos se ensoberbecen contra mí. En la raza de los dioses también sucede esto: se alegran con las honras de los hombres. Voy a mostrar muy pronto la verdad de estas palabras. El hijo de Teseo y de la Amazona, alumno del santo Piteo⁴, es el único

5
10

² La tragedia se abre con un Prólogo expositivo recitado por la diosa Afrodita como es norma en las tragedias de Eurípides, si bien éste posee una estructura muy compleja, pues tras el monólogo de Afrodita (1-57) siguen dos escenas, la 1.a (58-87) con la entrada de Hipólito seguido de los cazadores y la 2. (89-120), diálogo entre Hipólito y su anciano criado, ambas extrañas al Prólogo en sí, pero formando parte de él, en cuanto preceden a la Párodos, primera aparición del Coro en escena.

³ El Ponto Euxino y las columnas de Hércules, junto al monte Atlas, eran considerados en la Antigüedad los límites del mundo entonces conocido.

de los ciudadanos de esta tierra de Trozén que dice
que soy la más insignificante de las divinidades, re-
chaza el lecho y no acepta el matrimonio. En cambio, 15
honra a la hermana de Febo, a Artemis, hija de Zeus,
teniéndola por la más grande de las divinidades⁵.
En el verdoso bosque, siempre en compañía de la don-
cella, con rápidos perros extermina los animales sal-
vajes de la tierra, habiendo encontrado una compañía 20
que excede a los mortales⁶. Yo no estoy celosa por
ello. ¿Por qué iba a estarlo? En cambio, por las faltas
que ha cometido contra mí, castigaré a Hipólito hoy
mismo; la mayor parte de mi plan lo tengo muy ade-
lantado desde hace tiempo, no tengo que esforzarme
mucho.

En una ocasión en que iba desde la venerable 25
mansión de Piteo a la tierra de Pandión a participar
en la iniciación de los misterios⁷, al verle la noble
esposa de su padre, Fedra, sintió su corazón arreba-
tado por un amor terrible, de acuerdo con mis pla-
nes. Y antes de que ella regresara a esta tierra de 30
Trozén, junto a la roca misma de Palas, visible desde
esta tierra, fundó un templo de Cipris, encendida de
amor por el extranjero. Y, al erigirlo, le ponía el nom-
bre de la diosa en recuerdo de Hipólito⁸. Y cuando 35
Teseo abandonó la tierra de Cécrope, huyendo de la
mancha de sangre de los Palántidas⁹, hizo una travesía
hasta este país, resignándose a un año de destierro.
Desde entonces, entre gemidos y herida por el aguijón
del amor, la desdichada se consume en silencio. Nin- 40
guno de los de la casa conoce su mal. Pero este amor
no debe acabar de este modo. Se lo revelaré a Teseo
y saldrá a la luz. Y su padre matará a nuestro joven
enemigo, con una de las maldiciones que Posidón, 45
señor del mar, concedió a Teseo como regalo¹⁰: que

⁴ Piteo era hijo de Pélope e Hipodanía, rey de Trozen y abuelo, por lo tanto, de Teseo. Según la tradición, se había encargado de la educación de Hipólito, hijo de Teseo y de la Amazona, cuyo nombre no atestigua Eurípides, pero que, según los mitógrafos, pudiera ser Melanipa, Antíope o Hipólita.

⁵ Artemis es la diosa virgen, símbolo de la castidad y patrona de la caza, constituye a lo largo de toda la obra el contrapunto de Afrodita. Ambas divinidades están representadas a escala humana por Hipólito y Fedra. En el fondo de la tragedia hay una contraposición entre dos formas de plantearse la vida totalmente irreductibles, y de ahí el conflicto y la tragedia.

⁶ Esta compañía es la diosa Afrodita, naturalmente.

⁷ La tierra de Pandión es el Ática y los misterios son los famosos de Eleusis, santuario cercano a Atenas, sede del culto a Deméter.

⁸ Los versos 29-33 forman la explicación etiológica de la fundación del templo y son atetizados por algunos editores. En ellos hallamos, además, arduos problemas de crítica textual y, por lo tanto, de traducción.

⁹ La tierra de Cécrope es Atenas. Los Palántidas son los hijos de Palante, tío de Teseo, el cual, queriendo arrebatar a su sobrino el poder, maquinó una insidia con la colaboración de sus hijos. Teseo se vengó matando a muchos de sus primos. Teseo y Fedra se impusieron, como purificación, un año de destierro en Trozén.

no en vano suplicaría a la divinidad hasta tres veces.
Aunque sea con gloria, Fedra también ha de morir,
pues yo no tendré en tanta consideración su desgracia
basta el punto de que mi enemigo no deba pagarme
la satisfacción que me parezca oportuna. 50

Pero veo que se acerca el hijo de Teseo, que ha
dejado ya el esfuerzo de la caza, Hipólito. Voy a ale-
jarme de estos lugares. Una numerosa comitiva de
servidores sigue sus pasos y va entonando himnos en
honor de la diosa Artemis. No sabe que están abier-
tas las puertas de Hades y que está mirando esta
luz por última vez. 55

HIPÓLITO. — (A sus compañeros.) Seguidme, seguid-
me cantando a la celestial hija de Zeus, a Artemis,
la cual nos protege. 60

CORO DE CAZADORES.

Soberana, soberana muy venerable, nacida de Zeus,
te saludo, te saludo, oh Artemis, hija de Leto y de
Zeus, la más hermosa con mucho de las doncellas, tú
que habitas en el extenso cielo el palacio de un ilustre
padre, la áurea morada de Zeus. Te saludo, oh la m
hermosa de las diosas del Olimpo. 65

HIPÓLITO. — A ti, oh diosa, te traigo, después de
haberla adornado, esta corona trenzada con flores d
una pradera intacta, en la cual ni el pastor tiene por
digno apacentar sus rebaños, ni nunca penetró el
hierro¹¹; sólo la abeja primaveral recorre este prado
virgen. La diosa del Pudor lo cultiva con rocío de los
ríos. Cuantos nada han adquirido por aprendizaje, sino
que con el nacimiento les tocó en suerte el don de
ser sensatos en todo, pueden recoger sus frutos; a los
malvados no les está permitido. Vamos, querida sobe-
rana, acepta esta diadema para tu áureo cabello ofre-
cida por mi mano piadosa. Yo soy el único de los mor-
tales que poseo el privilegio de reunirme contigo e
intercambiar palabras, oyendo tu voz, aunque no veo
tu rostro. ¡Ojalá pueda doblar el límite de mi vida
como la he comenzado!¹² 75
80
85

SIRVIENTE. — Señor —pues sólo a los dioses hay que
llamar amos—, ¿acceptarías de mí un consejo? 90

HIPÓLITO. — Con gusto; de otro modo no me mos-
traría sensato.

¹⁰ Según los escoliastas ya había hecho uso de dos, en combates contra monstruos y ladrones, en el camino que va de Trozén a Atenas y en su salida del laberinto de Creta.

¹¹ Con la palabra hierro, se alude a toda suerte de aperos de labranza.

¹² Metáfora basada en la comparación con la carrera en el estadio y el giro que hay que dar para alcanzar la meta, aquí el fin de la vida.

SIRVIENTE. — ¿Conoces la costumbre establecida entre los mortales?

HIPÓLITO. — La ignoro. ¿A qué viene esta pregunta?

SIRVIENTE. — De odiar la soberbia y lo que no agrada a todos.

HIPÓLITO. — Con razón. ¿Qué mortal soberbio no resultaría odioso?

95

SIRVIENTE. — ¿Hay algún encanto en la amabilidad?

HIPÓLITO. — Muchísimo, y ganancia con esfuerzo pequeño.

SIRVIENTE. — ¿Crees que entre los dioses sucede lo mismo?

HIPÓLITO. — Sí, si como mortales seguimos las leyes de los dioses.

SIRVIENTE. — ¿Cómo no invocas tú a una diosa venerable?

HIPÓLITO. — ¿A cuál? Ten cuidado no vaya a equivocarse tu lengua.

100

SIRVIENTE. — A esta que está junto a tu puerta, a Cipris.

HIPÓLITO. — Desde lejos la saludo, pues soy casto.

SIRVIENTE. — Ella es venerable e ilustre entre los mortales.

HIPÓLITO. — Cada uno tiene sus preferencias entre los dioses y entre los hombres.

SIRVIENTE. — Te deseo buena fortuna, teniendo la sensatez que debes.

105

HIPÓLITO. — Ninguno de los dioses venerados de noche me agrada.

SIRVIENTE. — Hay que honrar a todos los dioses, hijo mío.

HIPÓLITO. — (A sus compañeros.) Vamos, compañeros, entrad en casa y preocupaos de la comida: una mesa repleta es agradable al volver de la caza. Hay

110

que almohazar a los caballos, para que, después de uncirlos al carro y saciarme yo de comida, los entrene en los ejercicios oportunos. (Dirigiéndose al mismo siervo y haciendo un gesto a la estatua de Afrodita.) En cuanto a tu Cipris, le mando mis mejores saludos¹³.

(Entra en palacio acompañado de los sirvientes.)

SIRVIENTE. — (Habla solo, dirigiéndose a la estatua de Afrodita.) En lo que a mí respecta —a los jóvenes con semejante arrogancia no se debe imitar—, con el lenguaje que cuadra a los esclavos te suplico ante tu imagen, soberana Cipris: debes perdonar que alguno, por su juventud, a impulsos de su vigoroso corazón, te dirija palabras insensatas. Haz como si no la oyeras, pues los dioses deben ser más sabios que los mortales. 115 120

CORO.

ESTROFA 1.

Hay una roca que hace fluir, así se dice, el agua del Océano, que hace brotar de sus paredes fuente viva que recogen nuestros vasos. Allí una amiga me lavaba los vestidos purpúreos con rocío del río y en la espalda de una roca caliente y soleada los tendía. Allí por primera vez tuve noticia de mi señora. 125 130

ANTISTROFA 1.

De que, agobiada por la enfermedad, tiene su cuerpo en el lecho, dentro de la casa, y velos ligeros que dan sombra a su rubio cabello. Oigo que lleva tres días sin acercar comida a su boca y mantiene su cuerpo puro del fruto de Deméter¹⁴ deseando arrastrarse, por causa de un dolor oculto, hacia el desgraciado fin de la muerte. 135 140

ESTROFA 2.

¿Acaso tú, muchacha, poseída ya por Pan, ya por Hécate, o por los venerables Coribantes estás extrañada, o acaso por la madre de los montes?¹⁵ —¿O acaso te consumes por haber cometido alguna falta contra la cazadora Dictina¹⁶, por no haberle ofrecido los sacrificios debidos? Pues ella va de un lado 145

¹³ Dicho con altanería e ironía, como queriendo decir 'no me preocupo en absoluto de ella'.

¹⁴ El fruto de Deméter es el grano, es decir, el pan y la comida en general.

¹⁵ Pan es un dios campestre de la vegetación que aparecía en los montes en forma de macho cabrío y que producía un gran furor orgiástico entre sus seguidores. Hécate es una divinidad infernal y de la hechicería que infundía temor caminando de noche acompañada por un cortejo de fantasmas. Los Coribantes eran los seguidores místicos de la diosa Cibele y participaban en sus cultos orgiásticos. La madre de los montes es la diosa Rea-Cibele, que es, en cierto sentido, idéntica a la anterior.

¹⁶ Dictina es otra diosa, como Cibele, cuyo culto se difundió originariamente en Creta. Posteriormente los griegos la asimilaron a Artemis, sobre todo en su faceta de divinidad de la caza; de aquí su nombre, emparentado con díktya «redes de caza».

para otro a través del mar y la tierra firme entre hú- 150
medos torbellinos de espuma.

ANTISTROFA 2.

¿O a tu esposo, el jefe de los Erecteidas¹⁷, el de
noble linaje, algún amor lo cuida en palacio a escon- 155
didas de tu lecho? ¿O algún marino que zarpó de
Creta ha llegado a este puerto, el más hospitalario para
los navegantes, trayendo una mala noticia a la reina
y, por el dolor de la desgracia, su alma está encade- 160
nada al lecho?

EPODO.

La dura y desafortunada impotencia ante los dolo-
res del parto y el delirio suele armonizar con la difícil
condición de las mujeres. A través de mi vientre se 165
desencadenó un día esta tormenta, pero invoqué a la
celestial Artemis, protectora de los partos y que se
cuida del arco, y favorable acude siempre a mis súpli-
cas.

(Fedra aparece en escena.)

CORIFEO. — Pero he aquí a la anciana nodriza de- 171
lante de la puerta, que acompaña a Fedra fuera de
palacio. Mi alma desea saber qué sucede, qué ha 175
afectado el cuerpo de mi señora y ha cambiado su color.

NODRIZA. — ¡Oh desgracias de los mortales y odiosas
enfermedades! ¿Qué debo hacer contigo? ¿Qué no debe
hacer? Aquí tienes la luz brillante y el aire puro, fuera 180
de la casa está ya tu lecho de enferma. No hacías
más que decir que deseabas venir aquí, pronto me
instarás a que te lleve a tu habitación, pues en seguida
te cansas y con nada te alegras. Lo que tienes a tu 185
alcance te disgusta y crees que es mejor lo que te
falta en ese momento. Preferible es la enfermedad que
tener que cuidar de ella. Lo primero es simple, en lo
segundo se añan el dolor de la mente y el esfuerzo
que han de hacer los brazos. La vida humana no es 190
sino sufrimiento y no hay tregua en sus dolores. Lo
que es más hermoso de la vida la oscuridad, envol-
viéndolo, lo oculta con sus nubes. De lo que brilla en
la tierra, sea lo que sea, nos mostramos ciegamente 195
enamorados, por desconocimiento de otra clase de vida
y por carecer de la prueba evidente de lo que sucede
en el mundo de abajo y, contra lo que deberíamos
hacer, nos dejamos llevar por mitos.

FEDRA. — (A las sirvientes.) Levantad mi cuerpo, en-

¹⁷ Es decir, los atenienses, en un tiempo mandados por el legendario Erecteo.

derezad mi cabeza. Se ha soltado la ligadura de mis queridos miembros. Tomad mis hermosas manos, cruzadas. Pesado me resulta el velo sobre la cabeza, ¡quitádmelo!, ¡que mis trenzas vuelen sobre mi espalda!

NODRIZA. — ¡Valor, hija! No agites tu cuerpo con tanta impaciencia. Con tranquilidad y voluntad noble soportarás tu enfermedad más fácilmente. El sufrimiento es necesario para los mortales.

FEDRA. — ¡Ay, ay! ¿Cómo podría conseguir la bebida de aguas puras de una fuente de rocío y descansar bajo los álamos recostada en un prado frondoso?

NODRIZA. — ¡Niña! ¿Qué gritas? No digas estas cosas delante de la gente, dejando escapar palabras inspiradas en la locura.

FEDRA. — (Levantándose del lecho.) ¡Llevadme al monte! Iré hacia el bosque y caminaré entre los pinos, donde corren los perros matadores de animales, persiguiendo a los ciervos moteados. Por los dioses, deseo azuzar a los perros con mis gritos y lanzar, situándola junto a mi rubia cabellera, la jabalina tesalia, sosteniendo en mi mano el puntiagudo dardo.

NODRIZA. — ¿Por qué, hija, agitas tu mente con estos pensamientos? ¿A qué ese interés tuyo por la caza? ¿Por qué ese deseo del agua de las fuentes? Cerca de la muralla hay una ladera inclinada y rica en agua, en donde tú podrás beber.

FEDRA. — ¡Artemis soberana del salado Mar¹⁸ y de los estadios que resuenan bajo los cascos de los caballos! ¡Ojalá me encontrase en tu suelo, domando potros vénéto!¹⁹

NODRIZA. — ¿A qué viene de nuevo lanzar estas palabras, presa del delirio? Hace un momento sentías el deseo de subir al monte a cazar y ahora, sobre las arenas, al abrigo de las olas, te sientes atraída por los potros. Gran ciencia adivinatoria se necesita para saber qué dios te agita la brida²⁰ y te extravía la

¹⁸ Alusión a un santuario dedicado a Artemis junto a la costa de Trozén. El sustantivo límni designa en griego el mar con sus marismas y arenales costeros. No comprendemos la razón de otros traductores para traducir «Soberana de Limna», como si se tratase de un topónimo, cuando lo que aquí designa es la costa marina, de ahí nuestra versión «Soberana del salado Mar».

¹⁹ Seguramente allí se encontraría a Hipólito, ocupado en la doma y ejercitación de los caballos. Los vénéto habitaban en las costas del mar Adriático y procedían de Paflagonia; sus caballos tenían fama de ser muy veloces.

²⁰ Atrevida metáfora que compara a Fedra con una yegua, a la que el movimiento de las bridas puede agitar.

mente, niña.	240
FEDRA. — ¡Desdichada de mí! ¿Qué he hecho? ¿Por dónde de la recta cordura me aparté en mi desvarío La locura se apoderó de mí, la ceguera enviada por un dios me derribó. ¡Ay, ay, desgraciada! (A la Nodriz). Mamá ²¹ , cúbreme de nuevo la cabeza, me avergüenzo de lo que acabo de decir. Cúbreme: de mis ojos si derrama el llanto y ante mi vista no veo sino vergüenza, pues enderezar la razón produce sufrimiento. La locura es un mal; pero es preferible perecer sin reparar en ella.	245
NODRIZA. — (Bajando el velo sobre su rostro.) Te cubro. Pero, ¿cuándo cubrirá mi cuerpo la muerte? Mis muchos años me han enseñado muchas cosas. Los mortales deberían contraer entre sí sentimientos amorosos moderados, sin llegar hasta los tuétanos del alma, y los afectos del corazón deberían ser fáciles de desatar para rechazarlos o apartarlos. Pero que un alma se consuma por dos, como ahora sucede, es pesada carga. Dicen que, en la vida, una conducta estricta causa más dolores que alegrías y ataca más a la salud. Por ello tengo en menor consideración el exceso que la moderación; y los sabios compartirán mi opinión.	250
CORIFEO. — Anciana mujer, fiel nodriza de la reina Fedra, vemos su situación desgraciada, pero no sabemos cuál es su enfermedad. Desearíamos saberlo y oírlo de ti.	255
NODRIZA. — No encuentro el modo de saberlo, pues no quiere responder.	260
CORIFEO. — ¿Ni siquiera conoces cuál es la causa de sus males?	265
NODRIZA. — Llegas al mismo punto, pues en todo guarda silencio.	
CORIFEO. — ¡Qué débil y consumido está su cuerpo!	
NODRIZA. — ¿Y cómo no, si hace tres días que no prueba la comida?	270
CORIFEO. — ¿Lo hace por extravío o porque pretende morir?	

²¹ Según el escoliasta, era corriente entre los griegos llamar a las mujeres de edad «mamá». Es frecuente el uso cariñoso de este apelativo para los «viejos servidores», como la nodriza.

NODRIZA. — Morir, sin duda. No come para acabar con su vida.

CORIFEO. — Es extraño lo que dices, si su esposo no hace nada.

NODRIZA. — Ella oculta su mal y niega que está enferma.

CORIFEO. — ¿Y él no acierta a descubrirlo, al mirarla a la cara? 280

NODRIZA. — Se encuentra de viaje fuera de esta tierra.

CORIFEO. — ¿Y no puedes obligarla, para intentar conocer su enfermedad y el desvarío de su mente?

NODRIZA. — He recurrido a todo y no he conseguido nada. Pero ni aun así cejaré en mi empeño. Así que, estando tú presente, serás testigo de mi comportamiento ante la desgracia de mis señores. 285

(A Fedra.) ¡Vamos, niña querida, olvidemos las dos nuestras palabras de antes y muéstrate más agradable, despejando el ceño fruncido y el camino de tu mente!²² 290

Yo, abandonando el mal camino que he seguido contigo, recurriré a un lenguaje mejor²³. Si estás enferma de algún mal que no se puede revelar, aquí tienes a unas mujeres para confortarte en él. Pero si padeces una enfermedad que se puede dar a conocer a los hombres, dilo, para referir tu caso a los médicos. (Se produce un silencio.) Vamos, ¿por qué callas? No debes callar, niña, sino contradecirme, si no digo algo bien, o estar de acuerdo con mis palabras, si están bien dichas. Di algo, mira aquí, ¡desdichada de mí! (A las mujeres del Coro.) Mujeres, nos esforzamos en vano. Estamos tan lejos de nuestro propósito como antes, pues ni entonces se ablandaba con nuestras palabras ni ahora cede a nuestra persuasión. 300

(A Fedra.) Ten presente lo siguiente —muéstrate más insensible que el mar ante lo que digo—: si mi. res, traicionas a tus hijos, que no tendrán parte en la casa paterna, te lo juro por la soberana Amazona que combate a caballo, que a tus hijos dio por amo a un bastardo con pretensiones de ser hijo legítimo, sabes 305

²² Estamos ante una hermosísima metáfora mediante la cual se quiere dar a entender que, si desfrunce el ceño, será señal de que sus pensamientos van a ir por un camino más agradable y con menos obstáculos. El participio l-sasa está construido en zeugma, es decir, va rigiendo a los dos complementos, aunque su significado variará, según se aplique a uno u a otro; con el primer complemento significaría «despejar» el ceño fruncido, con el segundo «despejar, allanar» el camino de dificultades.

²³ La nodriza se arrepiente de su forma anterior de interrogar, un tanto violenta, y promete a Fedra usar un más moderado para enterarse de la enfermedad que le agita.

a quien me refiero, a Hipólito.

FEDRA. — ¡Ay de mí! 310

NODRIZA. — ¿Te afecta esto?

FEDRA. — ¡Me has perdido, madre! ¡Te suplico por los dioses que no hables de ese hombre!

NODRIZA. — ¿Lo ves? Estás en tu juicio y, a pesar de ello, no quieres ayudar a tus hijos y salvar tu vida. 315

FEDRA. — Amo a mis hijos, pero otra tormenta del destino es la que se abate sobre mí.

NODRIZA. — ¿Tus manos están puras de sangre, niña?

FEDRA. — Mis manos están puras, mi corazón es el que está contaminado.

NODRIZA. — ¿Por un maleficio obra de algún enemigo tuyo?

FEDRA. — Un amigo me ha destruido, sin quererlo yo y sin quererlo él.

NODRIZA. — ¿Ha cometido Teseo alguna falta contra él? 320

FEDRA. — ¡Que nunca se me vea haciéndole un mal!

NODRIZA. — ¿Qué es eso tan terrible que te impulsa a morir?

FEDRA. — Deja que me pierda, pues contra ti no vale nada.

NODRIZA. — (Arrodillándose y cogiendo la mano de Fedra.) No, mi voluntad no lo quiere, a tu responsabilidad lo dejo.

FEDRA. — ¿Qué haces? ¿Me obligas aferrándote a mi mano? 325

NODRIZA. — (Abrazándose a las rodillas de Fedra.) también a tus rodillas, no las soltaré nunca.

FEDRA. — Infeliz, sólo te servirá de mal, si llegas a enterarte.

NODRIZA. — ¿Qué mayor desgracia para mí que perderte?

FEDRA. — Morirás. Sin embargo, lo que sucede me proporciona gloria.

NODRIZA. — ¿Y, a pesar de mis súplicas, pretendes darme cosas en que quisiera ayudarte? 330

FEDRA. — Sí, porque intento hallar una salida decorosa de mi vergüenza.

NODRIZA. — Si hablas, te mostrarás más digna de gloria.

FEDRA. — Apártate, por los dioses, y suelta mi mano derecha.

NODRIZA. — No, pues no me concedes el don que quería. 335

FEDRA. — Te lo concederé. Me causa respeto tu mano venerable.

NODRIZA. — (A una señal suya, desaparecen las cruas que le acompañan.) Yo me callo ya. Ahora te toca a ti hablar.

FEDRA. — ¡Oh madre desgraciada, qué amor te sedujo!

NODRIZA. — El que tuvo del toro²⁴. ¿A qué esto?

FEDRA. — ¡Y tú, hermana infeliz, esposa de Dioniso!²⁵ 340

NODRIZA. — Hija, ¿qué te ocurre? ¿Injurias a los tuyos?

FEDRA. — Y yo soy la tercera, desdichada de mí. ¡cómo me consumo!

NODRIZA. — Estoy aturdida. ¿Dónde irán a parar tu palabras?

FEDRA. — Desde entonces, no desde hace un momento, soy desafortunada.

²⁴ Alusión al monstruoso amor de Pasífae con un toro de Creta.

²⁵ La hermana de Fedra, Ariadna, adoleció también de una falta similar a la de Medea. Cuando Teseo fue a Creta a enfrentarse con su padre Minos, Ariadna le ayudó a encontrar la salida del famoso laberinto, por medio del hilo del ovillo indicó a Teseo el camino de vuelta. Se fugó con Teseo, Pero éste la abandonó dormida en la isla de Naxos. Al llegar Dioniso, se enamoró de la joven, se casó con ella y se la llevó a las moradas del Olimpo.

NODRIZA. — Sigo sin saber más de aquello que deseo oír. 345

FEDRA. — ¡Ay! ¿Cómo podrías indicarme tú lo que yo debo decir?

NODRIZA. — No soy adivina para conocer con claridad lo oculto.

FEDRA. — ¿Qué es eso que los hombres llaman amor?

NODRIZA. — Algo agradable y doloroso al mismo tiempo, niña.

FEDRA. — Podría decir que yo he experimentado el amor doloroso.

NODRIZA. — ¿Qué dices? ¿Estás enamorada, hija mía? ¿De quién? 350

FEDRA. — Del hijo de la Amazona, quienquiera que sea.

NODRIZA. — ¿Te refieres a Hipólito?

FEDRA. — De tus labios has oído su nombre, no de los míos.

NODRIZA. — ¡Ay de mí! ¿Qué dices, hija? ¡Cómo me quitas la vida! (Al Coro.) Mujeres, no lo soporto, no viviré para soportarlo. Odioso me resulta este día, odiosa la luz que contemplo. Arrojaré mi cuerpo al abismo, me alejaré de la vida dándome muerte. ¡Adiós! Ya no existo, pues los sensatos, aun sin quererlo, se enamoran del mal. Cipris no era una diosa, sino más poderosa que una diosa, si lo que sucede es posible²⁶. Ella ha destruido a esta mujer, a mí y a la casa. 355

CORIFEO²⁷.

ESTROFA.

¿Has oído? ¿Has escuchado a nuestra reina lamentando sus dolores y horribles, sufrimientos? ¡Ojalá muera, amiga, antes de llegar yo a tu estado de ánimo! ¡Ay de mí, ay, ay! ¡Oh desdichada por tus dolores! 365

²⁶ La frase «Cipris no era una diosa» va en el texto original imperfecto, porque la nodriza tiene en su pensamiento el tormento en que la diosa del amor lanzó su ataque contra Fedra, haciendo que se enamorara de Hipólito.

²⁷ No hemos aceptado la división que hace Murray de esta flonodia, que piensa que es entonada alternativamente por diversos miembros del Coro, sino que evidentemente la canta la Corifeo dirigiéndose a las restantes mujeres del Coro, cf. Baúirrr, Eurípides. Hippolytos..., págs. 224-225.

¡Oh penas que constituyen el alimento de los mortales!
Estás perdida, has sacado a la luz tus desgracias 370
¿Qué te deparará aún lo que te queda de día? Algo
nuevo se cumplirá en la casa. Evidente es adonde nos
empuja el destino de Cipris, desdichada niña cretense.

FEDRA. — (Dirigiéndose a las mujeres del Coro).
Mujeres de Trozén, que habitáis esta antesala del palacio 375
de Pélope²⁸ Ya en otras circunstancias, en el largo
espacio de la noche, he meditado cómo se destruye
la vida de los mortales. Y me parece que no obran
de la peor manera por la disposición natural de su
mente, pues muchos de ellos están dotados de cordu- 380
ra. No; hay que analizarlo de este modo. Sabemos y
comprendemos lo que está bien, pero no lo ponemos
en práctica²⁹, unos por indolencia, otros por preferir
cualquier clase de placer al bien. Y en la vida hay
muchos placeres, la charla extensa y el ocio, dulce 385
mal, y el pudor³⁰, del cual hay dos clases, uno bueno
y otro azote de las casas. Pero si su línea divisoria

fuese clara³¹, dos conceptos distintos no tendrían las
mismas letras.
Y puesto que ésta es la opinión que tengo, no debía
existir veneno alguno que pudiera destruirla hasta el 390
extremo de caer en un sentimiento contrario. Pero
voy a comunicarte el camino que ha recorrido mi
mente: cuando el amor me hirió, buscaba el modo de
sobrellevarlo lo mejor posible. Comencé por callarlo
y ocultar la enfermedad. Es evidente que no hay que 395
fiarse de la lengua, que si sabe muy bien criticar las
ideas de los demás, por sí misma se gana las mayores
desgracias. En segundo lugar, me propuse soportar
mi locura con dignidad, venciéndola con la cordura.
En tercer lugar, como no conseguí con estos medios 400
vencer a Cipris, me pareció que la mejor decisión
era morir —nadie lo negará—. ¡Que no pase desapercibida,
si realizo una acción hermosa, pero si la llevo
a cabo vergonzosa, que no tenga muchos testigos!
Sabía que mi acción y mi enfermedad se granjearían 405
mala fama y, además, me daba perfecta cuenta de que

²⁸ Trozén está situado en un extremo de la Argólida, en el Peloponeso, cuyo héroe epónimo Pélope fue el fundador de los juegos olímpicos.

²⁹ Obsérvese lo lejana que está esta opinión de la concepción socrática de la virtud como conocimiento de la misma. Para Sócrates, quien conoce la esencia de la virtud la ha de poner en práctica necesariamente.

³⁰ Todos los comentaristas se extrañan de que Eurípides incluya el pudor entre los placeres e intentan toda suerte de explicaciones, a veces demasiado alambicadas. La solución de Barret nos parece muy sugestiva. Según su opinión, el pudor no es aquí un ejemplo de placer, sino de algo que se refiere al bien (cf. Eurípides. *Hippolytos...*, pág. 230).

³¹ La traducción del *kairós* del verso 386 trae de cabeza a todos los críticos. Aunque Barret no se muestre muy de acuerdo, la solución más plausible nos parece la de Wsu~Mowxn, que ha propuesto la traducción de 'línea divisoria'; cf. *Hermes* 15 (1880), 506 y sigs.

era una mujer, ser odioso para todos. ¡Hubiera muerto
de mala manera la primera que mancilló su lecho,
entregándose a hombres extraños! Este mal tuvo para 410
las mujeres su origen en las casas ilustres³², pues
cuando a los nobles les parece bien lo vergonzoso,
con mayor razón le parecerá hermoso al vulgo. Siento
desprecio también por las mujeres sensatas de pala-
bra, pero que poseen a escondidas una audacia des-
vergonzada. ¿Cómo pueden ellas, oh Cipris, soberana 415
del mar, mirar al rostro de sus esposos sin sentir un
escalofrío ante la idea de que la cómplice oscuridad
y las paredes de la casa puedan cobrar voz? Esto, en
verdad, es lo que me está matando, amigas, el temor 420
de que un día sea sorprendida deshonorando a mi es-
poso y a los hijos que di a luz. ¡Ojalá puedan ellos,
libres para hablar, con franqueza y en la flor de la
edad, habitar la ciudad ilustre de Atenas, gozando de
buen nombre por causa de su madre! Sin duda esclava 425
viza al hombre, aunque sea de ánimo resuelto, conocer
los defectos de su madre o de su padre. Aseguran que
sólo una cosa puede competir en la vida: un espíritu
recto y noble para el que lo posee. A los malvados el
tiempo los descubre, cuando se presenta la ocasión,
poniéndoles delante un espejo como a una jovencita. 430
¡Que nunca sea vista yo entre ellos!

CORIFEO. — ¡Ay, ay! ¡Qué bella es siempre la sabi-
duría, donde quiera que se encuentre y cómo recoge
entre los mortales el fruto de la buena fama!

NODRIZA. — Señora, tu desgracia me produjo de
435 momento un terror terrible, pero ahora me he dado
cuenta de que yo era simple; entre los hombres las
reflexiones segundas suelen ser más sabias. No pade-
ces nada extraordinario ni inexplicable: la cólera de
una diosa se ha lanzado sobre ti.
Estás enamorada. ¿Qué hay de extraño en esto? 440
Le sucede a muchos mortales. ¿Y por este amor vas
a perder tu vida? ¡Menudo beneficio para los enamo-
rados de ahora³³ y los del futuro, si tienen que morir!
Cipris es irresistible, si se lanza sobre nosotros con
fuerza. Al que cede a su impulso se le presenta con 445
dulzura, pero al que encuentra altanero y soberbio,
apoderándose de él —¿puedes imaginártelo?— lo mal-
trata. Ella camina por el éter y está en las olas del
mar y todo nace de ella. Es la que siembra y concede

³² Nótese cómo Eurípides rechaza totalmente los prejuicios aristocráticos y arremete contra la nobleza y su pretendida superioridad.

³³ En el verso 441 el giro tón pélas suele considerarse corrupto por los editores, pues parece que no hay precedente que nos permita entender hol pélas = hoi n5~n, es decir, «dos cercanos» = «los de ahora»; nosotros, por el contrario, no encontramos ninguna dificultad grave en traducir el giro por «los de ahora». ¿Es que nuestros contemporáneos no son los que están más cercanos a nosotros?

el amor, del cual nacemos todos los que habitamos
 en la tierra. Cuantos conocen los escritos de los anti-
 guos y están siempre en compañía de las Musas³⁴
 saben que Zeus una vez ardió en deseos de unirse con
 Semele³⁵ y saben que la Aurora; de hermoso resplan-
 dor, raptó una vez a Céfalo a la morada de los dioses,
 y lo hizo por amor³⁶. Y, sin embargo, habitan en el
 cielo y no tratan de huir de los dioses, sino que se
 resignan, así lo creo, a aceptar su destino. ¿Y tú no
 vas a aceptar el tuyo? Tu padre debería haberte en-
 gendrado en unas condiciones especiales o bajo el
 dominio de otros dioses, si es que no aceptas estas
 leyes. ¿Cuántos crees tú que, estando en su sano
 juicio, al ver su lecho mancillado, han fingido no
 verlo? ¿Cuántos padres colaboran con sus hijos en los
 deslices del amor? Una de las cosas más sensatas
 que pueden hacer los mortales es cerrar los ojos a lo
 que no es honroso. No merece la pena que ellos se
 esfuercen demasiado en su vida, cuando ni siquiera
 son capaces de ajustar con exactitud el techo que
 cubre su casa. Y tú, que has caído en una desgracia
 semejante, ¿cómo pretendes salir a flote? Pero si, a
 pesar de que eres un ser humano, los bienes superan
 en ti a los males, ya puedes considerarte plenamente
 afortunada.

Vamos, hija querida, cesa en tus funestos pensa-
 mientos, pon fin a tu insolencia, pues no otra cosa
 que insolencia es esto: querer ser superior a los dio-
 ses. Ten el valor de amar: una divinidad lo ha que-
 rido. Ya que estás enferma, vence de algún modo tu
 mal. Existen encantamientos y palabras mágicas. Apa-
 recerá algún remedio para tu enfermedad. En verdad
 que muy tarde lo encontrarían los hombres, si las
 mujeres no diésemos con los remedios.

CORIFEO. — Fedra, esta mujer dice palabras más
 provechosas, dada la situación en que estás, pero, aun
 así, te elogio. Pero este elogio es más duro que sus
 palabras y más doloroso de oír para ti.

FEDRA. — Eso es lo que destruye las ciudades y las
 casas bien gobernadas de los mortales: las palabras
 demasiado hermosas, pues no hay que decir palabras
 agradables a los oídos, sino aquello que permita ad-
 quirir buena fama.

NODRIZA. — ¿A qué viene este hablar tan serio? Tú

³⁴ Es decir, se dedican a la poesía.

³⁵ De los amores de Zeus con Semele nació el dios Dioniso.

³⁶ Céfalo es un héroe que aparece ligado a muchos mitos, de muy difícil conexión entre sí. Las tradiciones sobre su origen empiezan ya por ser divergentes. Muy conocido es el rapto de Céfalo por la Aurora, con la cual engendró en Siria a Faetonte, que, según otras tradiciones, es el hijo del Sol.

no necesitas bellas palabras, sino ese hombre. Hay que referírsele lo antes posible, revelándole sin rodeos lo que te sucede. Pues si tu vida no estuviese presa de tales desgracias y te encontrases en un estado de sensatez, nunca te conduciría allí para favorecer tu pasión amorosa, pero se trata de entablar un duro combate para salvar tu vida y esto no admite reproche. 495

FEDRA. — ¡Oh tú que dices cosas terribles! ¿No cerrarás tu boca y dejarás de decir palabras vergonzosas? 500

NODRIZA. — Vergonzosas, pero mejores para ti que las bellas. Preferible es la acción, si consigues salvarte, que tu buen nombre, por el cual morirás con orgullo.

FEDRA. — No, te lo suplico por los dioses —tus palabras son acertadas, pero infames—, no sigas adelante. El amor ha labrado profundamente la tierra de mi alma³⁷ y, si con tus palabras adornas la infamia, caeré para mi ruina en el mal que ahora trato de evitar. 505

NODRIZA. — Si pensabas así, no debías haber errado, pero, si ya lo has hecho, hazme caso, pues se trata de un favor sin importancia. Yo tengo en mi casa filtros que alivian el amor, acaba de venirme a la imaginación, los cuales, sin causarte infamia y sin perjudicar tu mente, calmarán tu enfermedad, con tal que no seas miedosa. Pero se precisa alguna prenda personal del amado, o tomar algún mechón de su pelo o un fragmento de su vestido y de los dos hacer un³⁸ único objeto de amor 510 515

FEDRA. — ¿La pócima es un unguento o una bebida?

NODRIZA. — No lo sé. Piensa en beneficiarte y no en saber, hija.

FEDRA. — Temo que me vayas a resultar demasiado sabia.

NODRIZA. — Ten por seguro que acabarás por tener miedo de todo. Pero ¿de qué te asustas?

³⁷ Hemos hecho todo lo posible por verter al castellano la hermosa metáfora creada por Eurípides recurriendo a un verbo que posee, en las faenas agrícolas, un significado específico. *Ilypergazes thai* es labrar profundamente la tierra, a fin de prepararla mejor para recibir la simiente.

³⁸ La frase «hacer de los dos un único objeto de amor» es bastante oscura, primero por el verdadero significado que pueda tener *mían chórin*; segundo, por saber, con precisión de la unión de qué dos elementos se trata. ¿de las almas de Fedra con Hipólito?, ¿de los filtros y de las prendas personales de Hipólito?

FEDRA. — De que vayas a contar algo de esto al hijo de Teseo. 520

NODRIZA. — No te preocupes, hija, eso lo dispondré yo bien. (A Afrodita.) Sólo te pido que me prestes tu ayuda, Cipris, soberana del mar. El resto de lo que proyecto me bastará con decirlo a los amigos de la casa.

(La Nodriza entra en palacio.)

ESTROFA 1. 525

¡Amor, amor, que por los ojos destilas el deseo, infundiendo un dulce placer en el alma de los que sometes a tu ataque, nunca te me muestres acompañado de la desgracia ni vengas discordante! Ni el dardo del fuego ni el de las estrellas es más poderoso que el que sale de las manos de Afrodita, de Eros, el hijo de Zeus³⁹. 530

ANTISTROFA 1. 536

En vano, en vano junto al Alfeo⁴⁰ y en el santuario Pítico de Febo, Grecia acumula sacrificio de toros, si a Eros, tirano de los hombres, que tiene las llaves del amadísimo tálamo de Afrodita, no reverenciamos, al dios devastador que lanza al hombre por todos los caminos de la desgracia, cuando se presenta. 540

ESTROFA 2. 545

A la potrilla de Ecalia⁴¹, no uncida al yugo del lecho, sin conocer antes varón ni tálamo nupcial, desunciéndola de la casa de ~urito, como una Náyade fugitiva⁴² y una Bacante, entre sangre, entre humo e himnos de muerte⁴³, Cipris se la entregó al hijo de Alcmena, ¡desdichada por su boda! 550

ANTISTROFA 2.

¡Oh muro sagrado de Tebas, fuente de Dirce, sois 555

³⁹ Eros es, en todos los testimonios, el hijo de Ares y de Afrodita: este es el único texto clásico en que es presentado como hijo de Zeus. La innovación es chocante, pero el auditorio griego debía de estar acostumbrado a ellas.

⁴⁰ El río Alfeo es aquel junto al que está situado Olimpia, sede del famoso santuario de Zeus, en honor del cual se celebraban cada cuatro años los famosos juegos.

⁴¹ Se alude a Yole, hija de Éurito, rey de Ecalia, de la cual se apoderó Heracles, tomando la ciudad y matando ~urito. En relación con el vocabulario hay que resaltar el estilo metafórico continuado de la 1ra. parte de la estrofa. Con el sustantivo yegua se alude a la muchacha Yole, pues esta es una comparación usual en el lenguaje poético griego. Teniendo esto en cuenta, es fácil comprender el empleo de verbos conlc «uncir» y «desuncir».

⁴² Las Náyades reciben el epíteto fugitivas, debido a ir perseguidas por Pan, que arde en deseos de poseerlas.

⁴³ Este pasaje es corrupto y, por ello, de difícil exégesis.

testigos de cómo se presentó Cipris! Pues uniendo a la madre de Baco, nacido dos veces, con el trueno rodeado de fuego, la durmió en el sueño fatal de la muerte. Pues terrible lanza su soplo por todas partes y revolotea cual una abeja⁴⁴. 560

FEDRA. — (Que está escuchando junto a la puerta del palacio.) ¡Callad, mujeres! ¡Estamos perdidas! 565

CORIFEO. — ¿Qué cosa terrible sucede en palacio, Fedra?

FEDRA. — ¡Callad para que pueda oír la voz de los de dentro!

CORIFEO. — Me callo, pero este comienzo es malo.

FEDRA. — ¡Ay de mí! ¡Ay, ay! ¡Desdichada de mí por mis sufrimientos! 570

CORO. — ¿A qué voz te refieres? ¿Qué significa tu grito? Habla. ¿Qué palabras te aterroran, mujer, abalanzándose sobre tu alma?

FEDRA. — Estamos perdidas. Acercaos a esta puerta y escuchad qué clamor cae sobre la casa. 575

CORIFEO. — Tú estás junto a la puerta, tú debes distinguir las voces, que salen de palacio. Habla, dime, ¿qué ha sucedido? 580

FEDRA. — El hijo de la Amazona, amante de los caballos, Hipólito, grita injurias terribles contra mi sirviente. 585

CORO. — Oigo sus gritos, pero no con claridad, pero es evidente por dónde te han llegado: a través de las puertas te han llegado.

FEDRA. — Oigo con claridad que la ha llamado alcahueta de desgracias, traidora del lecho de su señor. 590

CORO. — ¡Ay de mí, qué desgracia! Has sido traicionada, hija. ¿Qué haré para salvarte? Lo oculto salid a la luz, estás completamente perdida...

FEDRA. — ¡Ay, ay! ¡Oh, oh! 595

⁴⁴ Alusión a los amores de Zeus con Semele, de los cuales nació Dioniso. Al pedirle Semele a Zeus que se mostrase en toda su majestad y no poder resistir la visión de los rayos que rodeaban a Zeus, murió fulminada por ello. Como ya se encontraba encinta, Zeus se apresuró a extraerle a Dioniso, que se hallaba ya en su sexto mes de gestación, y lo cosió en su muslo Y, a la hora del parto, lo extrajo vivo, de aquí el. Epíteto «nacido dos veces».

CORO. — Traicionada por tus amigos.

FEDRA. — Me ha perdido revelando mis desdichas, pretendiendo con cariño sanar mi enfermedad, pero sin éxito.

CORIFEYO. — ¿Y ahora? ¿A qué vas a recurrir, tú que te hallas entre males sin remedio?

FEDRA. — No conozco más que una salida: morir cuanto antes; es el único remedio para mis sufrimientos de ahora. 600

(Hipólito sale de palacio seguido de la nodriza.)

HIPÓLITO. — ¡Oh tierra madre y rayos del sol, qué palabras he oído que ninguna voz se atrevería a pronunciar!

NODRIZA. — Calla, hijo, antes de que nadie oiga tus gritos.

HIPÓLITO. — No es posible callar, después de haber oído cosas terribles. 605

NODRIZA. — (Arrojándose suplicante a sus pies). Calla, te lo suplico por tu bella diestra.

HIPÓLITO. — No avances tu mano, ni toques mis vestidos.

NODRIZA. — Te lo suplico por tus rodillas, ¡no me hundas!

HIPÓLITO. — ¿A qué viene esto, si, como afirmas, nada malo has dicho?

NODRIZA. — Mis palabras, hijo, no eran un acuerdo común.

HIPÓLITO. — Lo que está bien es más hermoso decirlo delante de todos. 610

NODRIZA. — ¡Hijo mío, no deshonres tus juramentos!

HIPÓLITO. — Mi lengua ha jurado, pero no mi corazón.

NODRIZA. — ¡Niño! ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a perder a los tuyos?

HIPÓLITO. — He escupido⁴⁵. Ningún injusto es amigo mío.

NODRIZA. — Perdona. Natural es que los hombres yerren, hijo. 615

HIPÓLITO. — ¡Oh Zeus! ¿Por qué llevaste a la luz del sol para los hombres ese metal de falsa ley, las mujeres? Si deseabas sembrar la raza humana, no debías haber recurrido a las mujeres para ello, sino que los mortales, depositando en los templos ofrendas de oro, hierro o cierto peso de bronce, debían haber comprado la simiente de los hijos, cada uno en proporción a su ofrenda y vivir en casas libres de mujeres. [Ahora, en cambio, para llevar una desgracia a nuestros hogares, empezamos por agotar la riqueza de nuestras casas.] He aquí la evidencia de que la mujer es un gran mal: el padre que las ha engendrado y criado les da una dote y las establece en otra casa, para librarse de un mal. Sin embargo, el que recibe en su casa ese funesto fruto siente alegría en adornar con bellos adornos la estatua funestísima y se esfuerza por cubrirla de vestidos, desdichado de él, consumiendo los bienes de su casa. [No tiene otra alternativa: si, habiendo emparentado con una buena familia, se siente alegre, carga con una mujer odiosa; si da con una buena esposa, pero con parientes inútiles, aferra el infortunio al mismo tiempo que el bien.] Mejor le va a aquel que coloca en su casa una mujer que es una nulidad, pero que es inofensiva por su simpleza⁴⁶. 620
625
630
635
640

Odio a la mujer inteligente: ¡que nunca haya en mi casa una mujer más inteligente de lo que es preciso! Pues en ellas Cipris prefiere infundir la maldad; la mujer de cortos alcances, por el contrario, debido a su misma cortedad, es preservada del deseo bisensato. A una mujer nunca debería acercársele una sirviente; fieras que muerden pero que no pueden hablar deberían habitar con ellas, para que no tuviesen ocasión de hablar con nadie ni recibir respuesta alguna. Pero la realidad es que las malvadas traman dentro de la casa proyectos perversos y las sirvientes los llevan fuera de la misma. 645
650

(A la Nodriza.) Así también ahora tú, oh cabeza funesta, has venido a proponerme a mi relaciones en

⁴⁵ Es una fórmula que indica el desprecio por las personas que, a pesar de ser allegadas, no obran justamente. Adviértase la intransigencia del carácter virtuoso de Hipólito, la cual le llevará a su perdición, igual que a Fedra su pasión desdichada.

⁴⁶ Continúa la comparación metafórica de una mujer con una estatua, en cuanto algo inútil y que no tiene vida.

el inviolable lecho de mi padre. Yo me purificaré de
esta impureza con agua clara, lavando mis oídos. 655
¿Cómo podría ser yo un malvado, yo que, por sólo
escuchar semejantes proposiciones, me considero im-
puro? Sábelo bien, mi piedad es la que te salva, mujer.
Si no hubiera sido cogido indefenso por juramentos
hechos en nombre de los dioses, nada me hubiera im- 660
pedido contárselo a mi padre. Y ahora me iré de pala-
cio, mientras Teseo esté fuera de este país. Mantendré
mi boca en silencio, pero observaré, cuando regrese
con mi padre, de qué modo le miras tú y tu señora;
en ese momento conoceré tu audacia por haberla de-
gustado.
¡Así muráis! Nunca me hartaré de odiar a las mu- 665
jeres, aunque se me diga que siempre estoy con lo
mismo, pues puede asegurarse que nunca dejan de
hacer el mal. ¡O que alguien las enseñe a ser sensatas
o que se me permita seguir insultándolas siempre!

(Hipólito abandona la escena.)

FEDRA.

ANTISTROFA.

¡Oh desgraciado e infortunado destino de las mu- 670
jeres! ¿Qué palabras o recursos tenemos para, comple-
tamente abatidas como estamos, liberarnos del nudo
de las acusaciones? Hemos encontrado el castigo, ¡oh
tierra y luz! ¿Por dónde podré escapar a mi destino?
¿Cómo ocultaré mi desgracia, amigas? ¿Qué dios podría 675
venir en mi ayuda o qué mortal podría ser cómplice
o aliado de mis acciones injustas? El sufrimiento que
se abate sobre mí me lleva por un camino infranquea-
ble al límite de la vida⁴⁷. Soy la más desgraciada de
las mujeres.

CORIFEO. — ¡Ay, ay! Todo se ha consumado. Han 680
fracasado, señora, las artes de tu sierva y la situación
es crítica.

FEDRA. — (A la Nodriza.) ¡Oh cúmulo de maldades 685
y perdición de tus amigos, qué me has hecho! ¡Qué
Zeus, mi abuelo, te extirpe de raíz bajo el golpe de
su rayo! No te dije —¿no había adivinado tu inten-
ción?— que callaras aquello que ahora me ha traído
la deshonra? Tú no te contuviste y, por ello, no mo-
rre con gloria. Dejémoslo, ahora necesito nuevos pro-
yectos. Él, exasperado en su mente por la ira, referirá
a su padre tu error para perjudicarnos y dirá al an-
ciano Piteo mi desventura y llenará toda la tierra de
las palabras más infames. ¡Así murieras tú y todo el

⁴⁷ Es decir, la muerte.

que pone su celo en favorecer sin éxito a los amigos,
sin que ellos lo quieran! 695

NODRIZA. — Señora, puedes reprochar mis errores,
pues el resentimiento que te muerde vence tu capaci-
dad de discernir, mas yo, si me lo permites, puedo
responder a tus reproches. Yo te he criado y te quiero
bien. He buscado remedio a tu enfermedad sin hallar
lo que deseaba. Si hubiera tenido éxito, se me contaría
entre las muy hábiles, pues ganamos la reputación en
consonancia con los resultados. 700

FEDRA. — ¿Crees que es justo y que a mí me basta
que, después de haber recibido la herida, tú ahora de
palabra te avengas conmigo? 705

NODRIZA. — No hablemos más; yo no he sido pru-
dente, pero aún puedes salvarte de esta situación, hija.

FEDRA. — ¡Deja de hablar! Es evidente que antes no
me aconsejaste bien e intentaste una acción funesta.
Vamos, aléjate y preocúpate de ti misma; yo sabré
arreglar mis asuntos.

(La Nodriza abandona la escena.) 710

(Al Coro.) Y vosotras, jóvenes nobles de Trozén,
concededme sólo este favor que os pido: cubrid con
vuestro silencio lo que aquí habéis oído.

CORIFEO. — Lo juro por Artemis venerable, hija de
Zeus: nunca mostraré a la luz ninguno de tus males. 715

FEDRA. — Has hablado bien. Después de haber recu-
rrido a todo, sólo hallo un remedio en mi desgracia
para conceder a mis hijos una vida honorable y obte-
ner yo misma un beneficio en mis actuales circunstan-
cias. Nunca deshonraré, segura estoy de ello, a mi
patria cretense, ni me presentaré ante los ojos de
Teseo bajo el peso de mi vergonzosa acción, sólo para
salvar mi vida. 720

CORIFEO. — ¿Vas a cometer algún mal irremediable?

FEDRA. — Morir; ya pensaré de qué modo.

CORIFEO. — ¡No digas eso!

FEDRA. — Y tú, aconséjame bien. Daré satisfacción a
Cipris, que me consume, abandonando hoy la vida: un
cruel amor me derrotará. Pero mi muerte causará mal
a otro, para que aprenda a no enorgullecerse con mi 725

desgracia. Compartiendo la enfermedad que me aqueja,
aprenderá a ser comedido. 730

(Fedra entra en palacio.)

CORO.

ESTROFA 1.

¡Desearía estar en las hendiduras de un alto acan-
tilado, para que, pájaro alado, una divinidad me situase
entre las bandadas que revolotean y pudiera elevarme 735
sobre la ola marina de la costa del Adriático y las
aguas del Erídano⁴⁸, donde sobre el mar purpúreo las
desgraciadas vírgenes destilan, en sus lamentos por su 740
padre Faetonte, los resplandores de ámbar de sus
lágrimas!⁴⁹.

ANTISTROFA 1.

¡Me gustaría alcanzar en mi camino la costa que da
entre sus frutos las manzanas de las Hespérides can-
toras, donde el soberano del purpúreo mar ya no con- 745
cede ruta a los marineros y fija el venerable límite
del cielo que Atlas sostiene! Las fuentes destilan am-
brosía en la alcoba nupcial del palacio de Zeus, allí
donde una tierra maravillosa, dispensadora de vida, 750
alimenta la felicidad de los dioses⁵⁰.

ESTROFA 2.

¡Oh nave cretense de candidas alas que a través de 755
las olas del mar que batían su casco trajiste a mi
señora desde su próspera morada a obtener el prove-
cho de un funesto matrimonio! ¡Mal presagio tuvo al
volar desde la tierra cretense a la ilustre Atenas, 760
cuando en las costas de Muniquia⁵¹ se enlazaron las
puntas trenzadas de las amarras y tocaron tierra firme!

ANTISTROFA 2.

Debido a ello, la enfermedad terrible de un amor
impío enviado por Afrodita rompió su alma y, hun-
dida por su dura desgracia, en el techo de su habi- 770
tación nupcial suspenderá un lazo y lo ajustará a su

⁴⁸ Río mítico, identificado casi siempre con el Po.

⁴⁹ Las vírgenes aludidas son las hermanas de Factoríte, que, en cuanto hijas del Sol, son llamadas Helíadas. Al caer su hermano al río Erídano, alcanzado por el rayo de Zeus, sus lágrimas originaron gotas de ámbar, al mismo tiempo que quedaban convertidas en álamos del río.

⁵⁰ Las Hespérides son las Ninfas del Ocaso y en la Teogo, la hesiódica son las hijas de la noche. Con posterioridad, fueron consideradas hijas de Zeus y de Temis, de Forcis y Ceto y, por último, de Atfante. Habitan en la parte más extrema de Occidente, al pie del monte Atlas. Su función primordial consistía en cuidar y vigilar el jardín paradisiaco donde crecían las manzanas de oro, regalo que, en otro tiempo, la Tierra dispensó a Hera con motivo de su boda con Zeus. Las Hespérides están vinculadas a la saga de Heracles.

⁵¹ Nombre de un pequeño puerto al este del Pireo: Sus obras de fortificación fueron iniciadas por Hipias el año 510 a. C.

blanco cuello, sintiendo vergüenza ante su cruel destino, por preferir una fama gloriosa y por liberar a su corazón del amor que la atormenta. 775

NODRIZA. — (Desde dentro.) ¡Ay, ay! ¡Acudid en ayuda todos los que estáis cerca de palacio! Se ha ahorcado nuestra señora, la esposa de Teseo.

CORIFEO. — ¡Ay, ay, todo ha terminado! La reina ya no existe, unida está a un lazo suspendido. 780

NODRIZA. — (Desde dentro.) ¿No os apresuráis? ¿Nadie va a traer una espada de doble filo, con la cual podremos cortar el nudo de su cuello?

CORIFEO. — Amigas, ¿qué hacemos? ¿Debemos entrar en la casa y librar a la señora del férreo lazo?

CORO. — ¿Por qué? ¿No hay dentro jóvenes servidores? Demasiado celo no ofrece seguridad en la vida. 785

NODRIZA. — (Desde dentro.) ¡Enderezad y extended este infortunado cadáver! ¡Triste guardiana soy ahora para mis señores!

CORIFEO. — Ha muerto la desdichada mujer, según oigo. Ya la extienden como a un cadáver.

Teseo aparece en escena, con su cabeza coronada de guiraldas, como señal de su regreso de Delfos, y acompañado de su escolta.

TESEO. — (Al Coro.) Mujeres, ¿sabéis qué significan esos gritos en palacio? Me ha llegado un eco confuso de servidores. Es evidente que mi casa no estima digno acogerme con alegre familiaridad, abriéndome sus puertas como a uno que viene de peregrinación. ¿Le ha sucedido algo al anciano Piteo? Su edad es ya muy avanzada, pero, aun así, sería muy penoso para nosotros que abandonase este palacio. 790
795

CORIFEO. — El infortunio presente no ha alcanzado a un anciano, Teseo. Una persona joven ha muerto y te causará dolor.

TESEO. — ¡Ay de mí! ¿No habrá perdido la vida alguno de mis hijos?

CORIFEO. — Están vivos. Su madre es la que ha muerto, ¡qué dolor más insoportable para ti! 800

TESEO. — ¿Qué dices? ¿Ha muerto mi esposa? ¿De qué modo?

CORIFEO. — Anudó a su cuello un lazo para ahorcarse.

TESEO. — ¿Helada por el dolor o por qué causa?

CORIFEO. — No sabemos más, pues acabo de llegar a palacio, Teseo, para llorar tus desgracias. 805

TESEO. — (Arrancándose la corona.) ¿Por qué llevo la cabeza coronada con estas hojas entretejidas, si soy un infortunado peregrino? (A los esclavos de dentro.) ¡Quitad las cerraduras de las puertas, criados, soltad los pasadores, para que pueda ver la amarga visión de mi esposa que, con su muerte, me ha quitado la vida! 810

Se abren las puertas de palacio y aparece el cadáver de Fedra sobre un lecho, rodeado de servidores.

CORO⁵².

¡Ay, ay, desdichada por tus terribles desgracias! Has sufrido; tu acción ha llegado a hundir a esta casa ¡Ay, ay, por tu audacia, tú que has muerto violentamente y de un modo impío, abatida por tu lamentable mano! ¿Quién ha privado de luz a tu vida, desdichada? 815

TESEO.

ESTROFA.

¡Ay de mí, qué sufrimientos! ¡He padecido, ciudad, la mayor de mis desgracias! ¡Oh fortuna, cuán pesadamente te has abalanzado sobre mí y mi casa, mancilla desconocida de algún genio vengador! ¡Es la ruina de mi vida, imposible ya de vivir! ¡Contemplo, desdichado de mí, un mar de desgracias tal que nunca podré salir de él a flote ni franquear las olas de esta desventura! ¿Qué palabra justa hallaré, mujer, para calificar tu riguroso destino? Como un pájaro te has escapado de mis manos, lanzándote con salto veloz a la morada de Hades. ¡Ay, ay, crueles, crueles sufrimientos! De atrás recojo la herencia del destino de la divinidad por las faltas de algún antepasado⁵³. 820
825
830

CORIFEO. — No sólo a ti, señor, te llegó esta desgracia, otros muchos también han perdido a su noble esposa. 835

⁵² No hemos aceptado, en este canto coral, la división Cf semicoros de la edición de Mura & Y.

⁵³ El pensamiento arcaico griego mantenía la creencia de que la mayor parte de las desgracias se debían al castigo de una culpa heredada por un descendiente de la familia. A esta creencia irracional se fue oponiendo paulatinamente la reflexión sófica.

TESEO.

ANTISTROFA.

¡Deseo habitar bajo la tierra, bajo la tierra oscura
y morir, infeliz de mí, ya que he sido privado de tu
queridísima compañía, pues más que morir tú me has
destruido! E...] ¿De dónde vino la desgracia mortal, 840
desventurada esposa, a tu corazón? ¿Alguien podría
decirme lo ocurrido o el palacio real cobija en vano
a la multitud de mis servidores? ¡Ay de mí [...] 845
desdichado por tu causa! ¡Qué dolor he visto en mi
casa, insoportable e indecible! Estoy perdido, la casa
desierta y mis hijos huérfanos. ¡Nos has abandonado,
nos has abandonado, tú la más noble de cuantas mu- 850
jeres ven el resplandor del sol y el brillo estrellado de
la noche!

CORO. — ¡Ay desdichado, oh desgraciado, cuánto mal
se ha apoderado de tu casa! Ante tu infortunio mis
párpados se cubren inundados de lágrimas. Hace mu- 855
cho que tiemblo ante la desgracia que vendrá tras la
presente.

TESEO. — ¡Oh, oh! ¿Qué significa esta tablilla⁵⁴ que
pende de su mano querida? ¿Quiere revelar algo nue-
vo? ¿Será una carta que escribió la desdichada supli-
cando algo por ella y por nuestros hijos? Valor, infe- 860
hiz: ninguna otra mujer entrará en el lecho y en la
morada de Teseo. Sí, la impronta del sello de la que
ya no vive me acaricia. Vamos, desatemos las ligadu-
ras del sello, para que pueda ver qué quiere decirme 865
esta tablilla.

(Desata las ligaduras y hace saltar el Sello.)

CORO⁵⁵.

¡Ay, ay! La divinidad envía una nueva desgracia a
continuación de la otra. ¡Desearía que mi vida no fuese 870
vida, después de lo ocurrido!⁵⁶ La casa de mis seño-
res, ay, ay, está destruida, mejor dicho, ya no existe.
¡Oh divinidad, si es posible, no arruines la casa, oye
mis súplicas, pues, como un adivino, veo el presagio
de alguna desgracia.

TESEO. — ¡Ay de mí, qué mal se añade al mal pre- 875
sente, insoportable, indecible! ¡Oh, infeliz de mí!

CORIFEO. — ¿Qué ocurre? Dilo, si puedo participar

⁵⁴ Se trata de una tablilla de madera conteniendo algún mensaje.

⁵⁵ Tampoco aquí aceptamos, siguiendo a Barret, entre otros, la división en semicoros de este canto coral.

⁵⁶ Todo este pasaje está muy corrupto.

en lo que dice.

TESEO. — ¡La tablilla grita, grita cosas terribles!
¿Por dónde escaparé al peso de mis desgracias?
Perezco, herido de muerte! ¡Qué canto, qué canto he
visto entonar por las líneas escritas, infortunado de
mí! 880

CORIFEO. — ¡Ay, ay, nos muestras palabras que pre-
sagian males!

TESEO. — ¡ No podré detener en las puertas de mi
boca la infranqueable y mortal desgracia! ¡Ay ciudad!
¡Hipólito se atrevió a violentar mi lecho, deshonrando
la augusta mirada de Zeus!⁵⁷ ¡Oh padre Posidón⁵⁸,
de las tres maldiciones que en una ocasión me pro-
metiste, mata con una de ellas a mi hijo y que no
escape a este día, si las maldiciones que me conce-
diste eran claras! 885
890

CORIFEO. — ¡Señor, por los dioses, retira esta maldi-
ción! Luego te darás cuenta de que has errado, hazme
caso.

TESEO. — Imposible. Y además le expulsaré de esta
tierra y recibirá el golpe de uno de estos dos destinos:
o Posidón le enviará muerto a las moradas de Hades,
por consideración a mis súplicas, o expulsado de esta
tierra, errante por un país extranjero, soportará una
vida miserable. 895

CORIFEO. — He aquí que viene tu hijo en el momento
oportuno, Hipólito. ¡Cesa, soberano, en tu funesta ira,
decide lo más provechoso para la casa! 900

(Entra Hipólito seguido de los cazadores.)

HIPÓLITO. — Al oír tus gritos he venido, padre, con
premura, pero no sé por qué causa sollozas y me gus-
taría oírlo de tus labios. Vamos, ¿qué ocurre? Veo a
tu esposa muerta, padre, y ello me causa gran extra-
ñeza. Hace un momento que la he dejado y no hace
mucho sus ojos veían esta luz. ¿Qué le ha ocurrido?
¿De qué modo ha muerto? Padre, quiero saberlo de
tus labios. ¿Callas? En las desgracias no es necesario
el silencio. El corazón, deseoso de saberlo todo, incluso
en las desventuras siente avidez. No es justo que
ocultes a tus amigos, y a los que son más que amigos, 905
910
915

⁵⁷ Zeus es presentado aquí como una divinidad protectora del matrimonio.

⁵⁸ Respecto al origen de Teseo, alternan dos tradiciones: según una, era hijo de Egeo; de acuerdo con la otra, era hijo de Posidón.

tus desdichas, padre.

TESEO. — ¡Oh hombres que poseéis muchos conocimientos en vano!, ¿por qué enseñáis innumerables ciencias y de todo halláis salida y todo lo descubris y, en cambio, una sola cosa no sabéis y no la habéis cazado aún: enseñar la sensatez a los que no la poseen? 920

HIPÓLITO. — Muy hábil debe ser aquel que es capaz de obligar a ser sensatos a los que no lo son. Pero no es momento de sutilezas, padre, temo que tu lengua desvaría a causa de tus desgracias.

TESEO. — ¡Ay, los mortales deberían tener una prueba clara de los amigos y un conocimiento exacto de los corazones, para distinguir el verdadero amigo del falso! Todos los hombres habrían de tener dos voces: una justa y la otra fuera como fuese, de modo que la que tiene pensamientos injustos pudiera ser refutada por la justa y así no nos engañáramos. 925
930

HIPÓLITO. — ¿Acaso algún enemigo me ha calumniado ante tus oídos y sufre mi estimación, sin ser yo culpable de nada? Estoy aterrorizado, pues me causan conmoción las palabras extraviadas de tu mente. 935

TESEO. — ¡Ay del corazón humano! ¿A dónde llegará? ¿Qué límite habrá de su audacia e imprudencia? Pues si aumenta de generación en generación y la posterior excede en mal a la anterior, los dioses tendrán que añadir otra tierra a la que ahora poseemos, la cual pueda dar cabida a los culpables y malvados. (Señalando a Hipólito con el dedo.) ¡Mirad a éste que, nacido de mi sangre, ha deshonrado mi lecho y es el hombre más infame como evidencia a las claras el testimonio de la muerta! (A Hipólito que le mira horrorizado.) ¡Muéstralo, puesto que no has dudado en mancharte, muestra a tu padre tu rostro cara a cara! ¿Así que tú eres el hombre sin par que vive en compañía de los dioses? ¿Tú, el casto y puro de todo mal? Yo no podría creer en tus jactancias hasta el extremo de ser tan insensato de atribuir ignorancia a los dioses. Continúa ufanándote ahora y vendiendo la mercancía de que no comes carne y, según tu señor Orfeo, ponte fuera de ti, honrando el humo de innumerables libros⁵⁹. ¡Estás atrapado! A todos aconsejo 940
945
950
955

⁵⁹ Duro ataque contra los iniciados en los misterios Órfico-pitagóricos, que debían abstenerse de comer carne. La expresión más completa de este pasaje es di' aps ~chou bord's sitOis kap~leue (Vs. 952-953), traducida por «vende la mercancía de que no comes carne». Independientemente de otros sentidos que pudiera recibir, más alambicados, sin duda lo normal es entender la expresión del siguiente modo: «Vete ahora a otros con el cuento de que vendes una pureza que se basa en no comer carne, tú que ahora has cometido el crimen más horrendo contra la carne que puede imaginarse».

que huyan de hombres semejantes, pues van de caza con palabras venerables, aunque maquinan infamias. (Señalando el cadáver de Fedra.) Ella está muerta.
 ¿Crees que eso te va a salvar? Es lo que más te tiene en sus manos, ¡oh tú el más vil de los hombres!
 ¿Qué juramentos, qué palabras podrían ser más fuertes que ella, para que tú pudieras escapar a la acusación? Dirás que la odiabas y que la naturaleza del bastardo es hostil a los hijos legítimos. Ella ha hecho un mal negocio de su vida, según tú, si por odio hacia ti perdió lo más querido. ¿Dirás que la pasión amorosa no afecta a los hombres, pero es innata en las mujeres? Sé yo de jóvenes que no son más fuertes que las mujeres, cuando Cipris turba su corazón en sazón, pero la condición de ser hombre les sirve de magnífico pretexto. Y bien, ¿a qué argumentar contra tus palabras, en presencia de un cadáver, testigo durísimo? ¡Vete de esta tierra desterrado lo más pronto posible y no vayas hacia Atenas, fundada por los dioses, ni a los límites de la tierra que mi lanza dominal! Pues si, después de la ofensa que me has hecho, voy a quedar derrotado, Sinis el Istmico⁶⁰ nunca me servirá de testigo de que yo lo maté, sino que me jacto en vano, ni las rocas Escironias⁶¹, que se bañan en el mar, podrán decir que he sido duro con los malvados. 960

CORIFEO. — No sé cómo podría llamar afortunado a algún mortal, pues los que estaban en una situación de privilegio se han derrumbado por completo.

HIPÓLITO. — Padre, la cólera y la ira de tu corazón son terribles. Es' evidente que tu causa se presta a bellos argumentos, pero, si alguno la examinara a fondo, no sería tan hermosa. Yo no estoy acostumbrado a hablar ante una multitud pero⁶² delante de unos pocos y de mi edad soy más hábil. Pero esto tiene su explicación: los mediocres a juicio de los entendidos ante la multitud son más hábiles en sus discursos⁶³. Sin embargo, es necesario, ante la situación en que me encuentro, que yo deje suelta mi lengua. Comenzaré a hablar por la primera insinuación que has lanzado contra mí, pensando que ibas a destruirme sin que 985

⁶⁰ Sinis y Escirón son dos bandidos a los que dio muerte Teseo.

⁶¹ Las rocas Escironias desde las que Teseo arrojó al mar al bandido Escirón, del cual tomaron su nombre, están situadas cerca de Mégara.

⁶² Seguramente se refiere Hipólito a su propio consejo y a las mujeres del Coro.

⁶³ Critica a los demagogos. Obsérvese la cuidada disposición retórica del discurso de Hipólito.

yo te replicara. Tú ves la luz y esta tierra: en ellas no ha nacido hombre más virtuoso que yo, aunque tú no lo admitas. Sé que lo primero es honrar a los dioses y poseer amigos que no intentan cometer injusticia, sino que se avergüenzan de pedir cosas infamantes a los que con ellos tienen trato a cambio de favores vergonzosos. No tengo por costumbre ultrajar a mis amigos, padre, sino que mi amistad es igual, ya se encuentren cerca de mí o lejos. Y estoy inmune de aquello en que crees haberme sorprendido: hasta el día de hoy estoy puro de los placeres carnales. De ellos no conozco práctica alguna, salvo por haberlos oído de palabra o haberlos visto en pintura, pues no ardo en deseos de indagar en ellos, ya que poseo un alma virgen. Es evidente que no te convence mi virtud, sea. Tú debes mostrar, por lo tanto, de qué modo me corrompi.

(Señalando a Fedra.) ¿Acaso su cuerpo era el más bello de todas las mujeres? ¿O concebí la esperanza de ser el señor de tu casa, tomando a su heredera como esposa? Necio hubiera sido, mejor dicho, sin el menor sentido⁶⁴. ¿Pretendes argumentar que es agradable mandar? Para los cuerdos en modo alguno, si es un hecho que el poder personal ha destruido la razón de los hombres que en él hallaban un placer. Mi deseo sería triunfar en los certámenes helénicos y, en un segundo plano, ser siempre feliz en la ciudad en compañía de amigos excelentes, pues, en tales circunstancias es posible actuar y la ausencia de peligro proporciona mayor goce que el poder⁶⁵.

Sólo me queda una cosa que decir, el resto ya lo sabes. Si yo tuviera un testigo de cómo soy realmente y pudiera defenderme ante ella, porque aún veía la luz del sol, con una exposición detallada de los hechos, conocerías a los culpables. Pero ya que no es posible, te juro por Zeus y por el *st~elo* de esta tierra que nunca he tocado a tu esposa, ni podría haberlo deseado ni concebido la idea. ¡Qué perezca sin fama, sin nombre, sin patria, sin casa y vagando desterrado por la tierra, que ni la tierra ni el mar acojan mi cadáver, si yo soy un hombre malvado! Ahora bien, si ella pereció por temor, no lo sé, pues no me está permitido hablar más⁶⁶. Ella se comportó con sensatez, aunque la había perdido, y nosotros que

⁶⁴ Alusión a la circunstancia de que el derecho ático excluía totalmente de la sucesión a los hijos bastardos y, por eso, Hipólito, aun en el caso de haberse unido a Fedra, no habría podido recibir la herencia de su padre Teseo, por lo menos legalmente.

⁶⁵ Obsérvese lo próximas que están estas palabras a un ideal de vida retirado de la participación política, que en el siglo IV será buscado, sobre todo, por epicúreos y cínicos.

⁶⁶ Ya que ha hecho a la nodriza el juramento de no revelar el secreto.

la poseemos no hacemos un buen uso de ella.

CORIFEO. — Has hablado lo suficiente para rechazar la acusación, aduciendo juramentos por los dioses, garantía no pequeña.

TESEO. — ¿No es éste un charlatán y un impostor que está convencido de que vencerá a mi alma con una suavidad, a pesar de haber deshonrado a su padre? 1040

HIPÓLITO. — Voy a decirte lo que más me extraña de tu actitud, padre: si tú fueras mi hijo y yo tu padre, te hubiera matado y no te habría castigado con el destierro, si realmente estuviera convencido de que habías tocado a mi esposa. 1045

TESEO. — ¡Qué castigo más digno de ti invocas! Pero no morirás así de fácil, de acuerdo con la ley que tú te impones a ti mismo —una muerte rápida es más ligera para un impio—, sino vagando, errante en el exilio, lejos de tu tierra patria, [soportarás en tierra extranjera una vida dolorosa, pues ésa es la paga que se merece un impio]. 1050

HIPÓLITO. — ¡Ay de mi! ¿Qué vas a hacer? ¿No vas a esperar que el tiempo me acuse, sino que vas a expulsarme de esta tierra?

TESEO. — Más allá del mar y de los confines del Atlas, si me fuera posible. ¡Tal es mi odio hacia ti! 1055

HIPÓLITO. — ¿Sin examinar la garantía de mi juramento ni las respuestas de los adivinos, vas a expulsarme de esta tierra sin juicio?

TESEO. — Esta tablilla que tengo en mis manos, que no admite interpretaciones ambiguas, te acusa de un modo seguro; en cuanto a las aves que revolotean por encima de nuestras cabezas las mando a paseo⁶⁷. 1060

HIPÓLITO. — Oh dioses! ¿Por qué no dejo hablar libremente a mi boca, ya que muero por vosotros a quienes reverencio? No lo haré. Haga lo que haga, no podría convencer a quienes debiera y rompería en vano los juramentos que he jurado.

TESEO. — ¡Ay de mí, cómo me mata tu piedad! ¿No te irás lo más rápido posible de esta tierra patria? 1065

⁶⁷ Ataques contra el arte adivinatoria, que se basaba en la interpretación del vuelo de las aves. Una prueba más de la fama de racionalista de que gozó Eurípides entre sus coetáneos.

HIPÓLITO. — ¿A dónde me dirigiré, desdichado? ¿En casa de qué huésped hallaré acogida, desterrado por una acusación semejante?

TESEO. — En la de aquel que se goce acogiendo a seductores de mujeres como huéspedes y colaboradores de sus infamias.

HIPÓLITO. — ¡Ay, ay, me has alcanzado el corazón y estoy a punto de llorar, si tengo la apariencia de un malvado y tú lo crees! 1070

TESEO. — Entonces deberías haber llorado y haberte dado cuenta, cuando te atreviste a violar a la esposa de tu padre.

HIPÓLITO. — ¡Oh casa, si pudieras cobrar voz y atestiguar si soy un hombre vil! 1075

TESEO. — Te refugias con habilidad en testigos mudos, pero los hechos sin palabras denuncian tu infamia.

HIPÓLITO. — ¡Ay, si pudiera mirarme cara a cara para llorar la desgracia que me abruma!

TESEO. — Te has ejercitado mucho más en rendirte culto a ti mismo que en ser piadoso con tus padres, como era tu deber. 1080

HIPÓLITO. — ¡Oh madre desdichada, oh amargo nacimiento! ¡Que ninguno de mis amigos sea un bastardo!

TESEO. — (A su escolta.) ¿No lo expulsáis, servidores? ¿No habéis oído hace tiempo que yo he decretado su destierro? 1085

HIPÓLITO. — Si alguno de ellos me pone las manos encima, lo vas a sentir. Expúlsame tú mismo del país, Si es tu deseo.

TESEO. — Lo haré, si no haces caso a mis palabras pues ninguna piedad me inspira tu destierro. 1090

HIPÓLITO. — Está decidido, según veo, ¡desdichado de mí! ¡Conozco la verdad y no sé cómo revelarla. (Dirigiéndose a la estatua de Artemis.) ¡Oh la más querida para mí de las divinidades, hija de Leto, compañera de mi existencia y de mis cacerías, soy desterrado de la ilustre Atenas! ¡Adiós, ciudad y tierra de Erecteo! ¡Oh llanura de Trozén, cuántas alegrías proporcionas a la juventud, adiós! Es la última vez que 1095

te veo y que te dirijo mis palabras.
(A sus compañeros.) ¡Vamos, jóvenes compañeros
de esta tierra, dadme vuestro adiós y acompañadme
fuera del país! ¡Nunca veréis a un hombre más vir-
toso, aunque mi padre no lo crea! (Sale.)

CORO.

ESTROFA 1.⁶⁸

Mucho alivia mis penas la providencia de los dio-
ses, cuando mi razón piensa en ella, pero, aunque
guardo dentro de mí la esperanza de comprenderla,
la pierdo al contemplar los avatares y las acciones de
los mortales, pues experimentan cambios imprevisibles
y la vida de los hombres, en perpetuo peregrinar, es
siempre inestable.

ANTISTROFA 1.

¡Que el destino procedente de los dioses se digne
conceder a mis súplicas fortuna con prosperidad y un
corazón exento de dolores! ¡Y que mis pensamientos
no sean demasiado rígidos ni acuñados con metal de
mala ley!⁶⁹ ¡Pueda yo ser siempre feliz, adaptando con
facilidad mi forma de ser al nuevo día que amanece!

ESTROFA 2.

Ya no tengo una mente serena, contemplando como
estoy lo inesperado, desde que al astro de Atenas⁷⁰, el
más resplandeciente de Grecia, lo hemos visto con
nuestros propios ojos arrojado a una tierra extranjera
por la cólera de su padre. ¡Oh playas de la costa de mi
patria y encinar del monte, donde él daba muerte a
las fieras, persiguiéndolas con perros de patas veloces,
en compañía de la augusta Dictina!

ANTISTROFA 2.

Ya no montarás en el carro de potros vénetos,
ocupando el hipódromo de la costa con las pezuñas
de tus ejercitados caballos. Tu Musa, insomne⁷¹ bajo
el caballete de la lira, cesará de sonar en la casa pa-
terna. Sin coronas estarán los lugares en que reposa
la hija de Leto entre la profunda verdura. Con tu des-
tiero ha muerto la rivalidad de las doncellas [en por-
fia] de tu matrimonio.

⁶⁸ El uso frecuente del masculino ha inducido a Murray a asignar las dos estrofas en que aparecen a un coro de cazadores y las otras dos, a un coro de mujeres. Pero ello no parece un motivo suficiente para adoptar esa dicotomía.

⁶⁹ Esta bella metáfora pretende reflejar que sus pensamientos, por su rigidez, pueden ser susceptibles de reproche y rechazados, igual que no se admite una moneda falsa o que tiene alterada su aleación.

⁷⁰ Ese astro es naturalmente Hipólito.

⁷¹ La Musa de Hipólito es insomne, porque no deja de inspirarlo nunca.

EPODO⁷².

Y yo por tu desgracia soportaré entre lágrimas un destino insufrible. ¡Madre desdichada, concebiste sin provecho! ¡Me indigno contra los dioses! ¡Ay, ay, Gra-

1145

cias uncidas!⁷³ ¿Por qué enviáis fuera de la tierra paterna y de su casa a este infeliz, inocente como es de esta calamidad?

1150

CORIFE⁷⁴. — Veo a un compañero de Hipólito que, con la mirada sombría, se precipita veloz en palacio.

MENSAJERO. — ¿Dónde podría encontrar a Teseo, rey de este país, mujeres? Indicádmelo, si lo sabéis. ¿Está dentro de palacio?

1155

CORIFE⁷⁴. — Ahí lo tienes en persona saliendo de la casa.

MENSAJERO. — Teseo, la noticia que te traigo es digna de preocupación para ti y para los ciudadanos que habitan la ciudad de Atenas y los confines de la tierra de Trozén.

1160

TESEO. — ¿Qué ocurre? ¿Alguna nueva desgracia se ha abatido sobre estas dos ciudades vecinas?

MENSAJERO. — Hipólito ya no existe, por así decirlo. Ve aún la luz, pero su vida está pendiente de un hilo⁷⁵.

TESEO. — ¿Quién lo mató? ¿Alguien llevado por el odio, por haber violado a su esposa, como a la de su padre?

1165

MENSAJERO. — Su propio carro lo ha matado y las maldiciones de tu boca que habías dirigido a tu padre, señor del mar, contra tu hijo.

TESEO. — ¡Oh dioses, oh Posidón, cuán verdadera-

⁷² Aunque no esté especificado en la edición de Murray, Parece que la parte final de este coro debe de ser el Epodo, Si bien hay muchos problemas respecto a quién lo entona, Cuestiones éstas en las que no podemos entrar.

⁷³ Las Cárites, en griego, o Gracias, en latín, son divinidades de la belleza y la fecundidad. Son hijas de Zeus y se las representa como tres jóvenes desnudas unidas por los hombros, de aquí su epíteto «uncidas», en el original griego. Sus nombres son Eufrosine (Alegría), Talía (Floración) y Aglae (Resplandor).

⁷⁴ Aunque la edición de Murray no indica quién recita estos dos versos, la mayoría de los editores se los atribuyen al Corifeo.

⁷⁵ En el original griego no dice textualmente eso, sino que se emplea una metáfora en relación con la balanza: «Depende de una pequeña inclinación» (para alcanzar la muerte, se sobreentiende).

mente eres mi padre, ya que oíste mis maldiciones. 1170
(Al mensajero.) ¿Cómo murió? Habla. ¿De qué modo
le golpeó el mazazo de la justicia, por haberme ultra-
jado?

MENSAJERO. — Nosotros, junto a la costa, abrigo de
las olas, peinábamos con cardas la crin de los caballos
entre sollozos, pues alguien vino trayendo la noticia 1175
de que Hipólito ya no pondría más el pie en esta tierra,
castigado por ti a un doloroso destierro. Y él mismo
llegó a la orilla, acompañando con su canto de lágrimas
al nuestro. Innumerable compañía de jóvenes de 1180
su edad le seguía. Por fin, poco después, cesando él
sus sollozos, dijo: “¿A qué continuar mis lamentos?
Tengo que obedecer las palabras de mi padre. Engan-
chad a mi carro los caballos que se pliegan al yugo
servidores, pues esta ciudad ya no es la mía.”

Nada más recibir la orden, todos nos apresurába- 1185
mos y en menos tiempo de lo que cuesta decirlo lle-
vamos los caballos preparados junto a nuestro señor.
Y él con la mano aferra a las riendas, cogiéndolas del
parapeto, ajustando él mismo los pies a los estribos
y, extendiendo sus manos, comenzaba a suplicar a los 1190
dioses: “¡Zeus, que muera, si soy un malvado, y que
mi padre vea cómo me ha deshonrado, bien esté
muerto o contemple la luz del sol!” Después de esta
súplica, tomando en sus manos el aguijón, fustigó a 1195
los caballos con un solo golpe y nosotros los servido-
res, al pie del carro, junto a las riendas, seguíamos
a nuestro Señor por el camino que conduce derecho a
Argos y Epidauro.

Después llegábamos a un paraje desierto, en donde,
más allá de esta tierra, una costa escarpada, se ex- 1200
tiende hacia el golfo Sarónico⁷⁶. De allí surgió un
rumor de la tierra, cual rayo de Zeus, profundo bra-
mido, espantoso de oír. Los caballos enderezaron sus
cabezas y sus orejas hacia el cielo y un fuerte temor 1205
se apoderaba de nosotros al buscar de dónde procedía
el ruido. Y mirando a las costas azotadas por el mar,
vimos una ola enorme que se levantaba hacia el cielo,
hasta el punto de impedir a mis ojos ver las costas de
Escirón y ocultaba el Istmo y la roca de Asclepio⁷⁷. 1210

Y luego, hinchándose y despidiendo en derredor espu-
ma a borbotones por el hervor del mar⁷⁸, llega hasta
la costa en donde estaba la cuadriga. Y en el mo-

⁷⁶ Entre el Ática y la Argólida.

⁷⁷ Se refiere al promontorio de Epidauro, en donde estaba situado el templo de Asclepio.

⁷⁸ La hinchazón de las olas y la espuma que desprende se compara con un hervor que se origina por cocción.

mento de romper con estruendo, la ola vomitó un toro, monstruo salvaje. Y toda la tierra, al llenarse de su mugido, respondía con un eco tremendo. A aquellos que la veían, la aparición resultaba insoportable a su mirada. Al punto un miedo terrible se abate sobre los caballos. Nuestro amo, muy práctico en la forma de comportarse de los mismos, agarra las riendas con ambas manos y tira de ellas, como un marinero tira hacia la empuñadura del remo, echando todo el peso de su cuerpo hacia atrás al tirar de las correas. Y las yeguas, mordiendo el freno forjado a fuego con las quijadas, se lanzan con ímpetu, sin preocuparse de la mano del piloto, ni de las riendas ni del carro bien ajustado. Y si, dirigiendo el timón⁷⁹ hacia la llanura, conseguía enderezar la carrera, el toro se ponía delante haciéndole dar la vuelta, enloqueciendo a la cuadriga de temor. Mas si, despavoridas en su ánimo, se lanzaban hacia las rocas, acercándose en silencio seguía al parapeto del carro, hasta que le hizo perder el equilibrio y volcó, lanzando la rueda del carro contra una roca. Todo era un montón confuso: los cubos de las ruedas volaban hacia arriba y los pernos de los ejes, y el mismo desdichado, enredado entre las riendas, es arrastrado, encadenado a una cadena inextricable, golpeándose en su propia cabeza contra las rocas y desgarrando sus carnes, entre gritos horribles de escuchar: «¡Deteneos, yeguas criadas en mis cuadras, no me quitéis la vida! ¡Oh desdichada maldición de mi padre!⁸⁰ “¿Quién quiere venir a salvar a este hombre excelente?” A pesar de que muchos lo pretendíamos, llegábamos con pie tardío. Pero él, liberándose de la atadura, de las riendas, hechas de recortes de cuero, no sé de qué modo, cae al suelo, respirando aún un débil hálito de vida; los caballos y el monstruo desdichado del toro desaparecieron no sé en qué lugar de las rocas.

Yo soy un esclavo de tu palacio, señor, pero yo nunca podré creer que tu hijo es un malvado, ni aunque la raza entera de las mujeres se ahorcara, ni aunque alguien llenara de incisiones acusadoras todos los pinares del Ida⁸¹, pues sé bien que es un hombre noble.

CORIFEO. — ¡Ay, ay, se han consumado nuevas des-

⁷⁹ Todo este bello pasaje descriptivo se apoya en la comparación metafórica entre un auriga y un piloto de una nave. De aquí la peculiaridad del vocabulario, eminentemente marinero.

⁸⁰ Todos los comentaristas destacan la imposibilidad de que Hipólito conociera la maldición de su padre. Ello se debe seguramente a una negligencia del poeta.

⁸¹ Puesto que Fedra era cretense, podría uno pensar que el poeta se refiere a los pinos del monte Ida de Creta, pero los comentaristas estiman que se hace referencia a la cadena montañosa de la Tróade del mismo nombre, familiar al auditorio por los poemas homéricos.

gracias y no hay posibilidad de liberarse del destino!

TESEO. — Por odio al que ha sufrido estas desgracias sentí alegría ante tus palabras, mas ahora, por santo temor, a los dioses y a aquél, que es mi hijo, ni me alegro ni me entristezco con sus desgracias.

MENSAJERO. — ¿Y ahora? ¿Debemos traerlo aquí o qué haremos con el infeliz para agradecer a tu corazón? Piénsalo, pero si quieres tener en cuenta mis consejos, no deberías ser cruel con tu infortunado hijo.

1265

TESEO. — Traedlo para que, viendo con mis ojos al que ha negado mancillar mi lecho, mis palabras y el castigo de los dioses prueben su crimen.

CORO.

Tú sometes el corazón indomable de los dioses y de los hombres, Cipris, y contigo el de alas multicolores⁸², asediándolos con rápido vuelo. Él revolotea sobre la tierra y el sonoro mar salino. Eros encanta a aquel sobre cuyo corazón enloquecido lanza su ataque con sus alas doradas; a las fieras de los montes y de los mares y a todo lo que la tierra nutre y contemplan los ardientes rayos del Sol, y también a los hombres, pues tú eres la única, Cipris, que ejerces sobre todos una majestad de reina.

1270

1275

1280

Encima de palacio aparece Artemis con el arco y las flechas.

ARTEMIS. — Te ordeno que me escuches, ilustre hijo de Egeo. Te habla Artemis, hija de Leto, Teseo. ¿Por qué te alegras, infeliz, de haber matado impiamente a tu hijo, habiendo creído en inciertas acusaciones, por las engañosas palabras de tu esposa? A la luz ha salido tu locura. ¿Cómo no ocultas bajo las profundidades de la tierra tu cuerpo cubierto de vergüenza o te remontas cual ave, cambiando de forma de vida, para huir de esta desgracia? Entre la gente de bien, al menos, no hay ya lugar posible para tu vida.

1285

1290

1295

Escucha, Teseo, cómo han sobrevenido tus males, aunque no voy a remediar nada y sólo dolor voy a causarte; pero he venido para mostrarte que el corazón de tu hijo era justo, a fin de que muera con gloria, y la pasión amorosa de tu esposa o, en cierto modo, su nobleza. Ella, mordida por el aguijón de la más odiada de las diosas para cuantas como yo hallamos placer en la virginidad, se enamoró de tu hijo. Y, aunque intentó con su razón vencer a Cipris, pereció, sin

1300

1305

⁸² Es un epíteto que designa a Eros.

quererlo, por las artimañas de su nodriza, que indicó su enfermedad a tu hijo, obligándole con un juramento. Y él, como hombre justo, no hizo caso de sus consejos ni, a pesar de ser injuriado por ti, quebrantó la fe de su juramento, pues era piadoso. Y ella, temerosa de ser cogida en su falta, escribió una carta engañosa y perdió con mentiras a tu hijo, pero, aun así, consiguió convencerte. 1310

TESEO. — ¡Ay de mí!

ARTEMIS. — ¿Te muerden mis palabras, Teseo? Tranquilízate, aún gemirás más oyendo lo que sigue: ¿Sabes que poseías tres maldiciones claras de tu padre? Una de ellas la has lanzado, desdichado de ti, contra tu propio hijo, siéndote posible lanzarla contra un enemigo. Tu padre, señor del mar, con buena intención te concedió lo que debía, pues te lo había prometido. 1315

Tú, ante aquél y ante mí, te muestras como un malvado, pues no esperaste la confirmación y las palabras de los adivinos, ni a tener una prueba; ni concediste mayor tiempo a la indagación, sino que lanzaste la maldición contra tu hijo más rápido de lo que debías y lo mataste. 1320

TESEO. — ¡Señora, quisiera morir!

ARTEMIS. — Has cometido una acción terrible, mas, sin embargo, aún puedes alcanzar el perdón por ella. Cipris fue la que quiso que ello sucediera, para saciar su ira. Así es la ley entre los dioses: nadie quiere oponerse al deseo de la voluntad de otro, sino que siempre cedemos. Ten en cuenta lo siguiente: si hubiera sido por temor a Zeus, yo no hubiera llegado al punto de ignominia de dejar morir al hombre al que, de todos los mortales, profesaba más afecto. En cuanto a tu falta, el desconocimiento es la primera excusa de tu culpa y, además, el hecho de que tu esposa, con su muerte, destruyó toda prueba basada en las palabras, hasta el punto de llegar a persuadir tu mente. 1326

A ti es a quien más afecta el estallido de esta desgracia, pero yo también siento dolor. Los dioses no se alegran de la muerte de los piadosos, pero a los malvados los destruimos con sus hijos y con sus casas. 1335

CORIFEO. — He aquí que avanza el desdichado, manchado en su carne joven y en su rubio cabello. ¡Oh desventura de la casa, qué doble infortunio se ha cumplido en palacio, enviado por los dioses! 1340

(Hipólito aparece cubierto de sangre en brazos de sus compañeros.)

- HIPÓLITO. — ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Desdichado de mí! ¡Me ha arruinado la injusta maldición de un padre injusto! 1350
 ¡Estoy muerto, desdichado, ay de mí! Los dolores traspasan mi cabeza, la convulsión se lanza sobre mi cerebro. (A los sirvientes que lo acompañan.) Párate, deseo descansar mi cuerpo destrozado. (Los servidores se detienen.) 1355
 ¡Ay, ay, odioso carro de caballos, alimento de mi propia mano, me has aniquilado, me has matado! (A los servidores que continúan la marcha.) 1360
 ¡Ay, ay, por los dioses, con suavidad tocad con vuestras manos, siervos, mi cuerpo lacerado! ¿Quién se ha detenido a mi lado derecho? Levantadme con cuidado, arrastrad al unísono al desdichado, maldito por el extravío de su padre. Zeus, Zeus, ¿ves mi situación? 1365
- Yo el santo y el devoto de los dioses, yo que aventajaba a todos en virtud, descendiendo hacia el inevitable Hades, habiendo destruido por completo mi vida; en vano practiqué entre los hombres las penosas obligaciones de la piedad. (Se le extiende sobre un lecho.) 1370
 ¡Ay, ay, vuelve el dolor, me vuelve! ¡Vejadme a mí, desdichado! ¡Ojalá me venga la Muerte Sanadora!⁸³ 1375
 ¡Acabad conmigo, matad al infortunado! ¡Deseo una lanza de doble filo, para clavármela y sumir mi vida en un sueño! ¡Oh funesta maldición de mi padre! De parientes manchados por el crimen y de antepasados antiguos arranca mi desgracia y no se demora. Se ha abatido sobre mí, ¿por qué sobre un inocente de toda culpa? ¡Ay de mí, ay! ¿Qué haré? ¿Cómo liberaré mi vida de este sufrimiento insoportable? ¡Ojalá me durmiera, desdichado, el negro y sombrío imperio de Hades! 1380
 1386
- ARTEMIS. — ¡Desdichado, qué desgracias te han subyugado! La nobleza de tu corazón te ha perdido. 1390
- HIPÓLITO. — ¡Oh, oh oloroso efluvio divino! Incluso entre mis males te he sentido y mi cuerpo se ha aliviado. En estos lugares se encuentra la diosa Artemis.
- ARTEMIS. — ¡Desdichado, aquí está la que más te quiere de las diosas!
- HIPÓLITO. — ¿Ves, señora, en qué situación me encuentro, miserable de mí? 1395
- ARTEMIS. — Te veo, pero no está permitido a mis ojos derramar lágrimas.

⁸³ «Sanador» es el epíteto común de Apolo, considerado médico de los dioses y de los hombres, pero aquí se aplica a la Muerte (masculino en griego), que, para Hipólito, en esos momentos, es su salvación.

HIPÓLITO. — Ya no vive tu cazador, ni tu siervo...

ARTEMIS. — No en verdad, pero mi amor te acompaña en tu muerte.

HIPÓLITO. — Ni el que cuidaba tus caballos ni el guardián de tus estatuas.

ARTFIMIS. — La malvada Cipris así lo tramó. 1400

HIPÓLITO. — ¡Ay de mí, bien comprendo que dios me ha destruido!

ARTEMIS. — Se disgustó por tu falta de consideración y te odió por tu castidad.

HIPÓLITO. — Ella sola nos perdió a nosotros tres, bien lo ves.

ARTEMIS. — Sí, a tu padre, a ti y a su esposa. 1405

HIPÓLITO. — Lloro también las desgracias de mi padre.

ARTEMIS. — Fue engañado por los designios de una divinidad.

HIPÓLITO. — ¡Oh desdichado por tu desgracia, padre!

TESEO. — Estoy muerto, hijo, y no tengo alegría de vivir.

HIPÓLITO. — Lloro más por ti que por mí, a causa de tu error. 1410

TESEO. — ¡Ay si pudiera estar muerto en tu lugar, hijo!

HIPÓLITO. — ¡Oh amargos dones de tu padre Posidón!

TESEO. — ¡Que nunca debían haber llegado a mis labios!

HIPÓLITO. — ¿Y qué?, del mismo modo me habrías matado, tan encolerizado como estabas entonces.

TESEO. — Los dioses me habían arrebatado la razón. 1415

HIPÓLITO. — ¡Ay, si la estirpe humana pudiera maldecir a los dioses!

- ARTEMIS. — Déjalo ya, pues ni siquiera bajo la tiniebla de la tierra⁸⁴ quedarán impunes los golpes de cólera que cayeron sobre tu cuerpo por voluntad de la diosa Cipris, debido a tu piedad y sensatez. Yo, con mi propia mano, al mortal que a ella le sea más querido castigaré con mis dardos inevitables. Y a ti, desdichado, en compensación de tus males, te concederé los mejores honores en la ciudad de Trozén. Las muchachas, antes de uncirse al yugo del matrimonio, cortarán sus cabellos en tu honor y durante mucho tiempo recibirás el fruto del dolor de sus lágrimas. Inspirándose en ti las vírgenes compondrán siempre sus cantos y el amor que Fedra sintió por ti no caerá en el silencio del olvido. 1420
- Y tú, hijo del anciano Egeo, coge a tu hijo en tus brazos y estréchalo contra tu pecho, pues lo mataste contra tu voluntad. Es natural que los humanos se equivoquen, cuando lo quieren los dioses. A ti te aconsejo que no odies a tu padre, Hipólito, pues conoces el destino que te ha perdido. 1425
- Y ahora, adiós, pues no me está permitido ver cadáveres ni mancillar mis ojos con los estertores de los agonizantes y veo que tú estás ya cerca de ese trance. 1430
- HIPÓLITO. — ¡Parte tú también con mis saludos, doncella feliz! Con facilidad abandonas mi largo trato. Destruyo el resentimiento contra mi padre, según tu deseo, pues antes también obedecía a tus palabras. ¡Ay, ay, sobre mis ojos descende ya la oscuridad! ¡Cógeme, padre, y endereza mi cuerpo! 1440
- TESEO. — ¡Ay de mí, hijo!, ¿qué haces conmigo, desdichado de mí? 1445
- HIPÓLITO. — Estoy muerto y veo las puertas de los infiernos.
- TESEO. — ¿Vas a dejar mi mano impura?
- HIPÓLITO. — No, tenlo por seguro. Yo te libero de este crimen.
- TESEO. — ¿Qué dices? ¿Me liberas de mi delito de sangre? 1450
- HIPÓLITO. — Te pongo por testigo a Artemis, la que subyuga con su arco.
- TESEO. — ¡Hijo queridísimo, qué noble te muestras con tu padre!
- HIPÓLITO. — ¡Pide que tus hijos legítimos sean se-

⁸⁴ Es decir, aunque tú te encuentres muerto.

mejantes a mí!

TESEO. — ¡Ay de mí, corazón piadoso y bueno! 1455

HIPÓLITO. — ¡Adiós, adiós una vez más, padre mío!

TESEO. — ¡No me abandones, hijo, haz un esfuerzo!

HIPÓLITO. — Mis esfuerzos han terminado: estoy muerto, padre. Cúbreme el rostro lo más rápido que puedas con un manto. (Muere.)

TESEO. — ¡Ilustres confines de Atenas y de Palas⁸⁵, qué hombre habéis perdido! ¡Oh desdichado de mí! ¡Cuántas veces voy a recordar los sufrimientos que me has enviado, Cípris! 1460

CORO. — Este dolor común llegó inesperadamente a todos los ciudadanos. Será arroyo de infinitas lágrimas. Las noticias luctuosas, cuando se refieren a los poderosos, más tiempo ejercen su poder. 1465

Hipólito (obra)

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Saltar a [navegación](#), [búsqueda](#)

Hipólito es una tragedia clásica griega de [Eurípides](#), basada en el mito de [Hipólito](#), hijo de [Teseo](#). Fue estrenada en las [Dionisias](#) de Atenas el [428 a. C.](#) y ganó el primer premio como parte de una trilogía.



La muerte de Hipólito por [Jean-Baptiste](#) (1715)

Antecedentes de la obra [\[editar\]](#)

Solo en cuatro ocasiones [Eurípides](#) ganó un primer premio. Esta es una de las obras que le permitió obtenerlo. Fue representada en el cuarto año de la olimpiada ochenta y siete, en el [428 a. C.](#)

⁸⁵ Casi todos los críticos consideran sospechoso este verso por lo ilógico de la expresión «de Atenas y de Palas».

El tema está muy poco tratado con anterioridad a Eurípides, se sabe que existía un culto a [Hipólito](#) en la ciudad de Trecén, lugar dónde transcurre la acción de la tragedia y dónde existían templos y ritos en su honor. En esta ciudad, las muchachas, antes de casarse, debían de ofrecer a Hipólito un mechón de cabellos.

Existen dos tradiciones, la que nos narra Eurípides y otra, que considera a Hipólito un dios que nada tiene que ver con la tumba de Trecén.

Su mito va unido a [Fedra](#), hermana de [Ariadna](#) y esposa de [Teseo](#). Las tumbas de Fedra e Hipólito están muy cerca en [Trecén](#).

Eurípides hizo dos tragedias sobre Hipólito. La primera de ellas fue rechazada por el público, porque Fedra de forma indecorosa quería a toda costa poseer al puro Hipólito, utilizando todas las artes. [Aristófanes](#) en *las ranas*, llegó a calificarla de prostituta. Cuando Fedra declara sus impúdicas intenciones al casto Hipólito, éste se cubre el rostro con un velo, de ahí que se conozca esta obra como *Hipólito el velado*.

Estudio de la obra [\[editar\]](#)

La obra es un análisis de dos modos de entender la vida:

- [Hipólito](#), casto, enemigo de las pasiones mundanas, frugal amante de la naturaleza y de la caza, es ferviente adorador de [Ártemis](#), diosa de la caza, y procura vivir conforme al arquetipo de esta diosa.
- [Fedra](#) es una mujer de apasionada, ardiente, tempestuosa, poseída por [Afrodita](#) y, por los designios de esta diosa, ha de caer enamorada hasta la desmesura de Hipólito.

El antagonismo de valores es encarnado por dos personajes contrapuestos. Aprovecha Eurípides para crear otro gran personaje femenino: Fedra, cuajado de pasión, inteligencia, astucia y voluntad, como es usual en sus obras.

Ambos personajes incurren en la desmesura, la [hybris](#) griega, que ha de ser forzosamente castigada.

Eurípides lanza al aire la paradoja de que dos amantes de los dioses, correspondidos por ellos y fieles guardadores de sus virtudes, han de sufrir, precisamente por ello, un martirio, llevando a la tragedia el premio con el que los dioses deberían corresponder a sus devotos. Existe una crítica de fondo hacia el panteón de dioses griegos. [Ártemis](#) llega a decir al final de la obra que Hipólito sufrió su martirio *por su piedad y sensatez*. Nada hay más injusto y nada más blasfemo contra los dioses.

Eurípides muestra en la obra una sombría forma de describir la vida del hombre, una gran desazón por la imposibilidad de ver con claridad unas reglas claras. Ésta es una forma de ver el destino humano muy diferente a [Esquilo](#) o [Sófocles](#). Ya no está nada claro que la fidelidad a los dioses traiga como consecuencia una vida serena. Los

mismos dioses, que deberían ser congruentes y benévolos, se vuelven crueles y erráticos. La Nodriza, personaje de la obra, afirma:

La vida humana no es sino sufrimiento y no hay tregua a sus dolores. Lo que es más hermoso de la vida, la oscuridad envolviéndolo, lo oculta con sus nubes. De lo que brilla en la tierra, sea lo que sea, nos mostramos ciegamente enamorados, por desconocimiento de otra clase de vida y por carecer de la prueba evidente de lo que sucede en el mundo de abajo y, contra lo que deberíamos hacer, nos dejamos llevar por los mitos.

El personaje de la nodriza es el más cercano al mandato delfico de la moderación. Se queja ante el drama que se avecina clamando contra la naturaleza humana:

Los mortales deberían contraer entre sí sentimientos amorosos, moderados, sin llegar hasta los tuétanos del alma, y los afectos del corazón deberían ser fáciles de desatar para rechazarlos o apartarlos.... Dicen que, en la vida, una conducta estricta causa más dolores que alegrías y ataca más a la salud. Por ello tengo en menor consideración el exceso que la moderación; y los sabios compartirán en mi opinión.

Sócrates, quien tenía unos 42 años cuando se estrenó la obra, estableció que sabiduría y virtud iban unidas pues, sabiendo dónde está la virtud, necesariamente el hombre se encaminará a ella.

Eurípides, pensador y amante de la filosofía, en boca de **Fedra**, le lanza esta crítica:

Sabemos y comprendemos lo que está bien, pero no lo ponemos en práctica, unos por indolencia, otros por preferir cualquier clase de placer al bien.

La trama enlaza con otro mito: **Teseo**, hijo de Poseidón, venció al **Minotauro** en **Creta** y **Ariadna**, hija del rey **Minos**, se fugó con él, pero Teseo la abandonó en la isla de **Naxos**, donde **Dioniso** la encontró y se enamoró de ella, llevándosela al **Olimpo**. Teseo se casó con Fedra, que era hermana de Ariadna.

Poseidón dio a su hijo Teseo la posibilidad de concederle tres deseos en caso de necesidad: Le invocó en el laberinto de Creta, en un apuro camino de Trecén y aún le quedaba un deseo para que su padre lo cumpliera.

Personajes [\[editar\]](#)

- **Afrodita**: es la **diosa del amor** y la **belleza**. Aunque a menudo se alude a ella en la cultura moderna como «la diosa del amor», es importante señalar que no era el amor en el sentido **cristiano** o **romántico**, sino específicamente **Eros** (atracción física o sexual). Su equivalente **romana** es la diosa **Venus**.
- **Hipólito**: es hijo de **Teseo** y la **amazona Antíope**, aunque otras versiones sugieren como madre del mismo a **Melanipa** o a **Hipólita**. El joven se distinguía por su pasión por la caza y las artes violentas. Veneraba a **Artemisa**, **diosa** virgen de la caza, y en cambio detestaba a la diosa del amor **Afrodita**. La diosa, ofendida por el desprecio del chico suscitó una terrible pasión por el mismo en el corazón de Fedra, segunda mujer de Teseo y por lo tanto madrastra de Hipólito.

- Coro de cazadores
- Un sirviente
- Coro de mujeres de **Trecén**: villa del **Peloponeso**, en la costa norte de la **Argólida**, cuyo territorio es conocido como Trezene (*Trezenia*) o **Trozenia** .
- Una nodriza
- **Fedra**: era una princesa **cretense**, hija de **Minos** y de **Pasífae**, y hermana de **Ariadna**. Fue raptada por **Teseo**, tras abandonar éste a su hermana **Ariadna**, para casarse con ella y en esta unión tuvieron dos hijos: **Acamante** y **Demofonte**. Pero se enamoró del que era su hijastro, **Hipólito**, el hijo de Teseo e Hipólita, reina de las Amazonas;
- **Teseo**: fue un **mítico rey de Atenas**, hijo de **Etra** y **Egeo**, aunque según otra tradición su padre fue **Poseidón**, el dios del mar, que habría violado a Etra en el templo de **Atenea**.
- Un mensajero
- **Ártemis**: es la hija de **Zeus** y **Leto** y la hermana melliza de **Apolo**. Solía ser representada como una diosa virgen de la caza, llevando un arco y flechas. Más tarde pasó a estar asociada con la luna, como su hermano Apolo lo estaba con el sol.

Resumen de la trama [\[editar\]](#)

Se desarrolla en Trecén. **Afrodita** está enojada con **Hipólito** porque la considera la más insignificante de las diosas, rechaza el lecho y no acepta el matrimonio. Hipólito incurre en **hibris** ante una estatua de Afrodita a la que saluda solo de lejos y a requerimiento de un sirviente, pues es casto y por tanto poco afecto a su culto.

Afrodita traza un plan para matar a Hipólito y a Fedra: estando ambos en los misterios de **Eleusis**, cerca de **Atenas**, hace que Fedra caiga enamorada de forma pasional y enfermiza de Hipólito, el hijo de su esposo en anterior matrimonio con una **amazona**.

Fedra cuenta su problema a la nodriza y ésta informa a Hipólito de lo sucedido, que lanza a continuación un duro ataque verbal contra las mujeres que en realidad es un ataque frontal a Afrodita. Hipólito se escandaliza sólo de que alguien le proponga que yazca con la mujer de su padre y corre a purificarse, habiendo jurado no decir nada de las intenciones de Fedra.

La nodriza comunica a Fedra lo ocurrido con Hipólito. Fedra se siente despechada y desesperada. Decide suicidarse ahorcándose, pero dejando una tablilla escrita en la que inculpa a Hipólito por haberla seducido.

Teseo regresa de **Delfos** y se encuentra el cadáver de su esposa. En el cadáver encuentra la tablilla con el mensaje. Se desespera ante la situación y, llevado por la rabia, invoca a Poseidón:

De las tres promesas que en una ocasión me prometiste, mata con una de ellas a mi hijo.

Hipólito es acusado por su padre. Se defiende alegando su virtud y que de nada podría aprovecharle tener amores con la mujer de su padre. Defiende a Fedra, alegando que nada tuvo con él y que no manchó la pureza de su lecho:

Ella se comportó con sensatez, aunque la había perdido, y nosotros que la poseemos, no hacemos buen uso de ella.

Pero Teseo destierra a su hijo Hipólito, quien parte fuera de su patria en un carro.

Cerca del mar apareció una ola gigante y dentro un toro, que asusta a los caballos volcando el carro y enredando entre las bridas a Hipólito que es brutalmente arrastrado y golpeado, dejándole en un estado agónico.

Cuando traen el cuerpo próximo a expirar aparece Ártemis y explica a Teseo que la causa de todas las desgracias provienen de Afrodita, quien hizo que Fedra perdiera la cabeza por su hijo y que en modo alguno Hipólito mancilló su lecho. Le comunica que, ante su padre Poseidón, es un malvado, pues éste cumplió con su palabra cuando le concedió la promesa, pero él hizo uso de ella sin averiguar la verdad.

Hipólito perdona a su padre y muere ante él. Ártemis instituye el culto a Hipólito en Trecén:

Las muchachas, antes de unirse al yugo del matrimonio, cortarán sus cabellos en tu honor y durante mucho tiempo recibirás el fruto del dolor de sus lágrimas, inspirándose en ti, las vírgenes compondrán cantos y el amor que Fedra sintió por ti no caerá en el silencio del olvido.